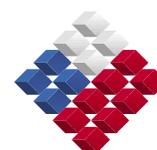


CHILE RURAL

Un desafío para el desarrollo humano



GOBIERNO DE CHILE
GABINETE SUBSECRETARIO DE AGRICULTURA

Las fotografías provienen del segundo concurso de fotografía rural de Fucoa.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
SEMINARIO CHILE RURAL: UN DESAFÍO PARA EL DESARROLLO HUMANO	7
I Modernidad y subjetividad en la nueva ruralidad <i>Arturo Barrera.</i>	9
II Desarrollo Humano: una perspectiva para mirar lo rural <i>Pedro Güell.</i>	13
III Desafíos sociales de las transformaciones del mundo rural: nueva ruralidad y exclusión social <i>Edelmira Pérez.</i>	17
IV La nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos <i>Manuel Canales.</i>	33
TALLER CONSTRUYENDO UN INFORME DE DESARROLLO HUMANO	41

PRESENTACIÓN

Esta publicación reúne, en primer lugar, las presentaciones realizadas en el seminario abierto “Chile rural: un desafío para el desarrollo humano”, que tuvo lugar en el auditorio Eloísa Díaz de la Casa Central de la Universidad de Chile, el 1 de diciembre de 2005. En segundo lugar, resume el debate llevado a cabo en el taller de expertos realizado el día siguiente en el PNUD. En ambos casos, se trató de eventos relacionados con el inicio de actividades del primer Informe de Desarrollo Humano sobre el mundo rural chileno.

SEMINARIO

Chile rural: un desafío para el desarrollo humano



I MODERNIDAD Y SUBJETIVIDAD EN LA NUEVA RURALIDAD

Exposición de Arturo Barrera, Subsecretario de Agricultura.

Queremos inaugurar este seminario efectuando tres constataciones. La primera es que las subjetividades son importantes. Para el desarrollo constituyen una dimensión muy relevante, tal como lo constatan sus recientes conceptualizaciones y como lo constatan también los informes del PNUD que se han realizado en Chile, uno de cuyos temas centrales es el de las tensiones entre modernidad y subjetividad. No puede haber un verdadero y eficiente desarrollo sin la incorporación de las subjetividades, no sólo las de los individuos, sino también las de las organizaciones, actores y sujetos sociales.

Segunda constatación: en Chile el debate sobre la identidad nacional ha comenzado a adquirir nuevos aires. A propósito del bicentenario del 2010, se ha empezado a escribir abundante literatura sobre el tema, sobre los distintos relatos que hacen parte de nuestra nación. Sólo por nombrar algunos aportes al respecto, está lo escrito por Jorge Larraín en *Identidad chilena*, lo expresado por Eugenio Tironi en *el Sueño chileno* y, más recientemente, lo presentado por Manuel Castells en su libro *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*.

La tercera constatación es que el tema del campo, de la ruralidad, se ha dejado de estudiar, probablemente en toda América Latina, pero fundamentalmente en Chile. Y, cuando se estudia, se pone el énfasis en lo productivo, en los impactos de las políticas públicas, sociales o agrícolas, y muy poco en aspectos como las subjetividades, las aspiraciones, las relaciones sociales y los vínculos comunitarios. En Chile se ha escrito escasamente sobre cómo se está desarrollando la

familia rural y campesina, sobre cómo las poblaciones que trabajan y viven en el campo enfrentan los distintos escenarios de modernización y desarrollo. Los acentos se ponen más en lo visible, en lo físico, en lo cuantificable, es decir, en la lógica del sector económico. Es este sesgo el que esperamos ayudar a revertir con esta iniciativa que estamos desarrollando con el PNUD.

Surge entonces la gran pregunta: *qué está pasando en el campo*, no ya en los ámbitos productivo y estructural (donde sabemos que hay una nueva agricultura, que se realiza con códigos y prácticas distintas incluso a las del pasado reciente), sino en lo que respecta al punto de vista de los sujetos, de la gente, de las subjetividades, de los vínculos comunitarios, de la cultura; en relación, en suma, a cómo se interpretan las transformaciones y los imaginarios que se construyen.

Con esto no estamos diciendo que no sea importante conocer, estudiar y monitorear permanentemente los procesos estructurales, ni que éstos sean neutros en cuanto a la constitución de los sujetos, a sus aspiraciones, a sus expectativas, a sus temores y a sus angustias; sin embargo, como campo de análisis, a nosotros nos parece relevante obviamente darle una especificidad e iniciar en Chile estudios de la naturaleza señalada.

Sabemos que está emergiendo una nueva ruralidad, la que en sus rasgos más característicos y centrales está influenciada por tres grandes procesos.

El primero de ellos es el proceso estructural y está

condicionado por las orientaciones y los ritmos con que se realizan las transformaciones productivas de las actividades económicas más relevantes del sector. El hecho de que haya o no haya nueva agricultura, de que los proyectos de desarrollo empresarial se incorporen a las actividades productivas de una forma más intensa, de que se exporte cada vez más masivamente, constituyen obviamente modos de influenciar los contenidos y contornos de la ruralidad del siglo XXI.

El segundo gran proceso es la manera en que el sector rural se relaciona y articula con lo urbano. Hoy la forma de vinculación entre estas dos realidades es bastante plural, no única, existiendo un continuo de encuentros que, dependiendo de su intensidad y sus modalidades, también le da características específicas a lo rural. Los flujos y contenidos de tales encuentros son múltiples y probablemente asimétricos.

Y el tercer gran proceso lo conforman las maneras en que el sector rural incorpora y procesa la modernidad. Este proceso está influyendo y muchas veces determinando los rasgos más fundamentales de la nueva ruralidad y, por lo tanto, también los de los actores sociales y productivos de la agricultura chilena y de la ruralidad. Y, cuando hablamos de modernidad, estamos apuntando al proyecto de autonomía y control sustentado en sus dos grandes dimensiones: por un lado, la razón instrumental, la ciencia y la tecnología, y, por otro, el reconocimiento y la valoración de la subjetividad, la libertad y la creatividad.

En consecuencia, la constatación nuestra, y por eso nos aliamos con el PNUD, es que sabemos poco acerca de esta dimensión central del desarrollo humano, por lo que, naturalmente, debemos resolver tal vacío. Quizás resulta necesario plantearse algunas preguntas para especificar mejor de qué estamos hablando: ¿cómo han impactado los cambios del sector y de Chile en las poblaciones que viven y trabajan en el campo, tanto en su visión del mundo y en su forma de estar en el mundo como en sus intereses y sus aspiraciones?, ¿cuáles son sus temores, sus angustias y, sobre todo, cómo las viven, experimentan y proce-

san?, ¿cómo están sintiendo y experimentando el Chile de comienzos del siglo XXI?, ¿cómo se enfrentan a la modernidad, la globalización, el mercado y el desarrollo?, ¿qué significan para ellas el poder, la política y la democracia?, ¿cómo se han transformado sus modos de vida, sus prácticas sociales, su identidad? Más que buscar respuestas a estas preguntas, queremos dejar instaladas las tensiones y conversaciones que subyacen a estas interrogantes.

El PNUD ha realizado Informes de Desarrollo Humano en Chile desde 1996, a veces incorporando algunas preguntas en sectores rurales. Lo que haremos será tomar esos antecedentes, junto con otros que deberán ser obtenidos y trabajados en los meses que vienen, a fin de tener una visión menos fragmentada de la que tenemos hoy día en relación a estos temas. Desde el punto de vista de la política pública sectorial, creemos que un informe como el señalado es muy relevante para testear la pertinencia y la eficacia de tal política y para mejorar las “ofertas” simbólicas e instrumentales que se hacen desde el Estado, de manera de perfeccionar la calidad de la acción gubernamental.

Si los tiempos que corren exigen tener un desarrollo más centrado en las personas, debemos plantearlo y asumirlo como un proceso amigable de ampliación de oportunidades, capacidades y libertades de la gente, donde se toman crecientemente en cuenta los intereses, aspiraciones, expectativas, proyectos, esperanzas y temores de las personas y de los distintos grupos sociales y comunidades. En este contexto, hemos acordado con el PNUD la elaboración un Informe de Desarrollo Humano sobre el mundo rural chileno, y lo haremos con el apoyo de Indap, Odepa, Mideplan y la Subsecretaría de Agricultura. Es una iniciativa que esperamos que contribuya a llenar el gran e inexcusable vacío existente hoy en este ámbito. Probablemente, ésta sea la más atractiva y relevante tarea que estamos emprendiendo en los últimos meses del Gobierno y que se expresará en ese Informe de Desarrollo Humano del sector rural. Estamos muy satisfechos de poder trabajar con el PNUD en este tema, que

es un tema distinto al que tradicionalmente trabaja el Ministerio de Agricultura, pero de la mayor relevancia para poder mejorar las políticas públicas y comprender mejor sus aciertos y sus fracasos.

Inequívocamente, el campo chileno ha cambiado. Cada vez es más parte de un país abierto al mundo y a la sociedad del conocimiento. Cada vez es más complejo y sofisticado, y probablemente posee un valor distinto para el resto de la sociedad. Las áreas rurales encuentran y encontrarán interesantes oportunidades en la integración económica y en la modernización. También las encontrarán en la valoración que la sociedad empieza a hacer de lo local, de los vínculos comunitarios, de los recursos naturales y de la biodiversidad.

En algún sentido, los chilenos y las chilenas quieren reencontrarse con sus raíces y con la naturaleza;

de alguna forma anhelan entornos más amigables y saludables, tanto en lo ambiental como en lo social. Para conseguirlos recurren a distintos mecanismos, como la adscripción a causas medioambientales; la práctica del agroturismo, del ecoturismo y del etnoturismo; la “residencia parcial” a través de parcelas de agrado; el consumo de ciertos productos como comidas tradicionales y orgánicas; y, en algunos casos, el establecimiento de sus hogares en el campo.

Esta nueva valoración de lo rural, así como la consolidación del desafío de transformar a Chile en potencia agroalimentaria, ampliarán los espacios económicos, políticos y culturales de la agricultura y del sector rural y, por lo tanto, también incrementarán los espacios objetivos y subjetivos capaces de mejorar las opciones de vida de la gente que vive y trabaja en el campo.

II | DESARROLLO HUMANO: UNA PERSPECTIVA PARA MIRAR LO RURAL

**Exposición de Pedro Güell,
Coordinador del Informe de Desarrollo Humano
Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo.**

En nombre del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, quisiera comenzar agradeciendo al Subsecretario de Agricultura por haber puesto en marcha esta iniciativa de estudio, debate y posterior publicación de un Informe de Desarrollo Humano sobre el mundo rural chileno.

Esta iniciativa llega en el momento adecuado. Son muchas las voces que señalan que es necesario poner al día el conocimiento sobre la realidad del campo y actualizar también los conceptos con los cuales estudiamos la ruralidad. Desde el fructífero período de estudios agrarios en los años ochenta, han pasado casi dos décadas. Se trata del mismo período en que el agro chileno ha llevado a cabo una imponente modernización y, con ella, una transformación de proporciones de las realidades cotidianas, sociales, demográficas, culturales y espaciales de la gente del campo y sus localidades. Sin embargo, no disponemos de un diagnóstico actualizado y sistemático de ese impacto, especialmente en lo que atañe al mundo rural como espacio de actores que tienen sueños y temores, tradiciones y proyectos, sociabilidades cotidianas y organizaciones.

Esto es una deuda con el país no sólo por la necesidad de actualizar tal diagnóstico, sino especialmente por la necesidad de precisar los desafíos que surgen de las nuevas realidades rurales. Hay que precisar los retos para la sustentabilidad del propio mundo del campo, pero también hay que debatir el rol de lo rural en la construcción de esa diversidad y complementariedad de mundos sociales que llamamos Chile.

El señor Subsecretario ha reunido un conjunto disperso de preocupaciones, instituciones e investigadores para dar inicio a la realización del primer Informe de Desarrollo Humano sobre el mundo rural chileno. Entre ellos están los investigadores de la Universidad de Chile, encabezados por el profesor Manuel Canales, y los de la propia Subsecretaría, de Indap y de Odepa. El equipo de Desarrollo Humano del PNUD coordinará este grupo y aportará con su perspectiva teórica y su experiencia de investigación.

El propósito que nos une es explorar los desafíos de la transformación del mundo rural desde la perspectiva de la calidad de vida y del sentido subjetivo de los modos de existencia de la gente del campo. Pensamos que es aquí donde están nuestros mayores desconocimientos y donde surgen los principales desafíos de futuro.

Para alcanzar ese objetivo, la perspectiva del desarrollo humano, difundida por el PNUD a nivel mundial, constituye un enfoque adecuado. Es la misma que aplicamos en Chile en los cinco informes que hemos presentado desde 1996 y que han contribuido a activar el debate sobre nuestra sociedad.

¿Qué es desarrollo humano? Es una orientación normativa y un punto de vista para el análisis, una manera de mirar las realidades sociales desde una óptica sustentada en valores. El valor central del desarrollo humano es la ampliación de las opciones de cada persona para diseñar el tipo de vida que desea y aumentar las capacidades y el poder de cada una y de

la sociedad en su conjunto, de modo que esas mayores opciones se puedan hacer realidad para todos.

El fin es la realización práctica de la libertad personal. Lo demás –el crecimiento, las reformas institucionales, la infraestructura, la inserción en la globalización– son medios para lograr aquel fin. Para el desarrollo humano, la libertad y el derecho a vivir la vida deseada no deben subordinarse a aquellos medios. Éstos no son buenos en sí mismos, sino en la medida en que aumentan, justamente, el desarrollo humano.

La realización práctica de la libertad supone la existencia de un entorno favorable. Nadie construye ni asegura su desarrollo humano al margen de las relaciones sociales y en ausencia de bienes públicos potentes.

El desarrollo humano supone la existencia de una sociedad fuerte; esto es, un entorno de derechos, gobernabilidad, democracia, competitividad y crecimiento sostenido. Pero supone también un contexto inmediato de relaciones sociales significativas y sustentadoras, un país orientado por horizontes futuros comunes, una vitalidad de las raíces históricas y de las prácticas tradicionales, una afirmación de la igualdad al mismo tiempo que un reconocimiento de las identidades diversas.

En 1996 el Informe Mundial de Desarrollo Humano señalaba: “El desarrollo humano entraña necesariamente una preocupación por la cultura –la forma en que las personas deciden vivir juntas–, porque es la sensación de cohesión social basada en la cultura y en valores y creencias compartidos lo que plasma el desarrollo humano individual. Si la gente vive bien junta, si coopera de manera de enriquecerse mutuamente, amplía sus opciones individuales. De esta forma el desarrollo humano se preocupa no sólo por la gente como individuos, sino además por la forma en que estos interactúan y cooperan en las comunidades”. (IDH 1996, 63)

Luego de ya casi diez años realizando los Informes

de Desarrollo Humano en Chile, podemos afirmar con fundamento empírico que el bienestar de las personas tiene un componente central en la relación subjetiva que establecen consigo mismas y con la sociedad en que viven. Y esa relación subjetiva no flota en el aire ni nace de la nada: tiene que ver con el modo en que la organización institucional, política y económica acoge y da sustento a la vocación antropológica de todos nosotros de ser y sentirnos actores y dueños de la vida que vivimos. Lo que nos importa es ser sujetos y no objetos del desarrollo.

El bienestar depende no sólo de la fuerza de la modernización objetiva del país, sino también del grado en que ella es un espacio para el reconocimiento y la realización de los proyectos de vida personales, del grado en que la subjetividad social se reconoce en los avances objetivos y en las políticas de desarrollo. Las subjetividades de los actores reales del país no son, pues, un lastre de la modernización; más bien, son sus principales aliados. En cualquier caso, no hay modernización sustentable si las subjetividades reales no se reconocen en ella.

El mundo rural forma un grupo humano significativo del país. Significativo, primero, por sí mismo, por su peso demográfico, por su aporte material al conjunto del país, por sus potencialidades y porque quienes lo integran son sujetos de derechos. El mundo rural y sus habitantes importan por sí mismos. Pero también son significativos para la dinámica subjetiva, multicultural y multiambiental de la vida social del conjunto del país y para la construcción de sus horizontes colectivos de futuro.

El mundo rural es portador, revitalizador y creador de símbolos, prácticas y tradiciones que hacen parte de la sinfonía cultural que es Chile y de aquella memoria que llamamos historia de Chile.

El mundo rural es sostenedor material y simbólico de la naturaleza frente a la vida urbana, dándole a ésta una referencia y un límite. Aún, por mucho tiempo, lo medioambiental será inseparable de lo rural.

El mundo rural es portador de desafíos de política pública que sirven de punto de revisión y adecuación de nuestra modernización y de nuestra inserción en la globalización.

Lo rural, como sostenedor de una diferencia en la igualdad de todos los chilenos, es un vitalizador de la construcción de la ciudadanía, entendiendo que ésta será cada vez más multicultural si quiere ser algo más que un simple derecho electoral.

Es decir, lo rural y las sociedades rurales son mucho más que un grupo humano y un entorno físico que importaría sostener por razones de humanidad, de derecho o de economía, pues han sido, son y seguirán siendo una pieza significativa en ese mecanismo dinámico y complejo, siempre en movimiento, que es la sociedad chilena.

Lo rural nos importa a todos, está en lo que todos nosotros somos hoy. Por eso no podemos responder a

la pregunta *qué queremos ser mañana como país* sin responder al mismo tiempo otra interrogante: *qué lugar queremos que tenga mañana lo rural entre nosotros*.

Pero esta respuesta no puede ser teórica ni voluntarista. Lo rural no será simplemente lo que queramos que sea o lo que nos convenga que sea. Lo que importa es reconocer las potencialidades y los retos presentes en las dinámicas reales de los modos de vida rural.

Éste es el desafío que se ha impuesto el primer Informe de Desarrollo Humano sobre el mundo rural chileno: observar los modos de vida y las subjetividades rurales para poder apoyar de mejor manera al propio desarrollo rural, pero, sobre todo, para responder con mayor eficacia la pregunta que importa: *qué estrategias de modernización requerimos para ampliar las opciones de vida y las capacidades de acción de todos nosotros*. A esto los invitamos: a escuchar las voces de las sociedades rurales, para enriquecer esa conversación colectiva que llamamos Chile.

III | DESAFÍOS SOCIALES DE LAS TRANSFORMACIONES DEL MUNDO RURAL: NUEVA RURALIDAD Y EXCLUSIÓN SOCIAL¹

**Exposición de Edelmira Pérez,
Profesora emérita
Pontificia Universidad Javeriana, Colombia**

Introducción

América Latina es una región de grandes contrastes. En algunos países la población es predominantemente rural, pues más del 50% de sus habitantes aún están localizados en áreas rurales. En conjunto, el subcontinente tiene alrededor del 40% de sus habitantes viviendo en forma dispersa o en localidades muy pequeñas, carentes de casi todos los servicios básicos o con muy baja cobertura de los mismos. Son poblaciones aisladas física, geográfica y culturalmente. Sin embargo, hay varios países que consideran que su población rural sólo es cercana al 10%.

América Latina posee una gran disponibilidad de recursos naturales y riquezas, pero también son enormes las diferencias sociales y económicas que alberga. En los países del área se presentan algunos de los mayores desequilibrios en la proporción de ingresos per cápita, acceso a la tierra y demás factores de producción. Los fenómenos de pobreza e indigencia afectan a más del 50% de la población en su conjunto, y lo más preocupante es que las desigualdades y la exclusión tienden a crecer en varios países.

Aunque estos fenómenos afectan a toda la población, tanto urbana como rural, es en el mundo rural donde prevalecen con mayor énfasis las desigualdades

y donde se están manifestando con mayor claridad los efectos del actual modelo de desarrollo.

En los últimos años, América Latina ha sufrido grandes transformaciones en las estructuras agrarias, la orientación de la producción, la participación en los mercados laborales y el acceso a los mercados internos y externos. Sin embargo, no se ha modificado, en forma importante, la desigual estructura de la tenencia de la tierra, y se ha avanzado muy poco en el desarrollo de la infraestructura necesaria para poder competir, de manera más equitativa, en un mundo globalizado.

El concepto *nueva ruralidad* se emplea para tratar de entender y explicar estos fenómenos, dándoles interpretaciones que superen el análisis dicotómico de lo rural y lo urbano, como polos opuestos. Con su utilización se intenta buscar los vínculos y las interacciones que acortan o ahondan las distancias entre ambos.

Nueva ruralidad ²

El concepto de lo rural, tradicionalmente entendido como lo “perteneciente o relativo a la vida del campo y sus labores” o “inculto, tosco, apegado a cosas lugareñas” (Diccionario de la Real Academia Española,

¹ Este artículo es el resultado de la revisión, actualización y complementación de otros trabajos de mi autoría, algunos de ellos ya publicados, como se indica en la bibliografía, y otros próximos a aparecer.

² Algunos párrafos incluidos bajo este subtítulo hacen parte del artículo “El mundo rural latinoamericano y la nueva ruralidad”, publicado en la revista *Nómadas*, No. 20, abril de 2004

2001) ha ido cambiando de manera muy rápida, tanto en Europa como en América Latina. En uno y otro continente se habla hoy de *nueva ruralidad*, pero la expresión ha cobrado mayor fuerza en América Latina desde el inicio de la década de los noventa.

Pero no sólo ha cambiado el concepto. El mundo rural también se ha transformado en Europa de manera radical en las últimas décadas. El cambio tecnológico, la disminución del número de explotaciones agrícolas y el aumento de su tamaño, la caída de la ocupación agrícola, la modernización de la agricultura, la ruptura del latifundio y el cambio de ocupación de los agricultores pobres o su migración definitiva son factores muy importantes en ese proceso de transformación.

A. Pérez y J. M. Caballero (2003) señalan tres circunstancias de gran relevancia para el cambio rural en Europa, que no estuvieron presentes en la misma medida en América Latina:

- Gran demanda de mano de obra por la industria y los servicios.
- Bajas tasas de crecimiento de la población.
- Disponibilidad de cuantiosos recursos para inversión aportados por la Unión Europea, de los cuales un buen porcentaje se destinaron al medio rural.

Se mejoraron, entonces, los servicios sociales, se diversificaron las actividades económicas, se facilitó el desarrollo de la infraestructura rural, se modernizaron las explotaciones agrícolas, se aumentó la cantidad y calidad de los servicios para el medio rural, se mejoraron en general las condiciones para la diversificación productiva y la agricultura pasó a ser un componente minoritario del ingreso rural. Además se amplió el mercado consumidor de productos agroindustriales y de servicios ofrecidos por el medio rural, entre los que se incluyen los ambientales, recreativos, turísticos y de segunda residencia, generando una nueva dinámica para la economía rural.

En América Latina también se han producido en el mismo período importantes cambios en el medio rural, pero con diferencias muy marcadas por países y regiones.

En muchos de los países del área, la agricultura sigue siendo una actividad muy importante, tanto como generadora de ingresos como de ocupación de buena parte de la población rural. Ésta, como veremos más adelante, continúa siendo significativa y crece en términos absolutos, aunque disminuye en términos relativos. Los procesos de modernización, con contadas excepciones, han sido lentos o inexistentes. La articulación al mercado internacional ha estado marcada por las asimetrías, cada vez más grandes, entre países pobres y ricos, y la era de la globalización y el libre mercado ha impactado de manera negativa a los agricultores de muchos de esos países.

Complejos procesos políticos, económicos y sociales han afectado a la región en los últimos años y mantienen lejanas las posibilidades de que el desarrollo rural garantice a los pobladores rurales unas condiciones de vida al menos semejantes a las de los pobladores urbanos de América Latina o a las de los habitantes rurales de los países desarrollados.

El cambio en la concepción del mundo rural ha estado animado por el debate de los académicos y especialistas en desarrollo rural sobre la vieja y la nueva ruralidad. Se ha acudido a la sociología rural y a la sociología agrícola, como corriente muy importante en América del Norte, para tratar de explicar si la dicotomía urbano-rural, con equivalencia atraso-progreso, ha llegado a su fin y por lo tanto ha desaparecido como objeto de la sociología rural ³.

La relación campo-ciudad es ahora mucho más compleja que la vieja relación dicotómica, caracterizada por el intercambio desigual y la migración de los pobres del campo hacia las ciudades para conformar

³ Varios autores han trabajado este tema, pero una buena síntesis se puede ver en Gómez, Sergio (2002).

el ejército industrial de reserva. La conceptualización de lo rural, como espacio ocupado por grupos sociales relacionados con la producción agropecuaria, en contraste con lo urbano como espacio ocupado por grupos sociales relacionados con la industria y los servicios, ya no tiene valor explicativo en el marco de la globalización del capital (García Bartolomé, 1994).

La vida rural, tradicionalmente asociada a la actividad agropecuaria, abriga hoy una diversidad de actividades y relaciones sociales que vinculan estrechamente a las aldeas campesinas con los centros urbanos y la actividad industrial. Ahora el campo no puede pensarse sectorialmente, sólo en función de la actividad agropecuaria y forestal, sino que debe tomar en cuenta las demás actividades desarrolladas por su población, tanto a nivel local, regional, nacional e internacional (Arias, 1992, a y b; Lara, 1993; Reardon et al. 2001; Schejtman y Berdegué, 2003). El concepto de nueva ruralidad representa esta mutación (De Grammont, 2004).

A partir de los años noventa se ha escrito bastante sobre la nueva ruralidad en América Latina y se han desarrollado encuentros internacionales que han propiciado su construcción gracias a la discusión del tema. Aunque persistan las posiciones unidisciplinarias para mirar el mundo rural, cada vez se ve más claro que se va abriendo paso una nueva visión que permita una mejor comprensión de su complejidad ⁴.

La nueva ruralidad es, entonces, una visión interdisciplinaria del mundo rural, que toma en cuenta los aportes de la sociología rural y de la economía agraria, pero que va más allá de la visión de estas dos disciplinas, que miraban por separado la actividad productiva y el comportamiento social de los pobladores rurales. Pero, además, incorpora elementos de la antropología, la historia, la geografía, la biología y las llamadas ciencias ambientales, entre otras disciplinas.

Los aportes realizados por los estudiosos de la nueva ruralidad han contribuido a disminuir el sesgo sectorial dado al desarrollo rural y han impulsado el acercamiento al concepto de desarrollo rural territorial, que empieza a coger fuerza en la literatura reciente sobre el tema.

Otro de los puntos en donde puede verse una contribución del concepto de nueva ruralidad es en la ruptura de la dicotomía urbano-rural y en la búsqueda de interrelaciones y vínculos más complejos que los asignados hasta hace algún tiempo a los habitantes rurales y urbanos como productores y consumidores de alimentos, respectivamente. Hoy en día se reconoce la enorme interdependencia entre un espacio y otro, tanto en la generación de actividades productivas, de empleo, de lugar de residencia, como en el entrelazamiento y la complejidad de las relaciones sociales, políticas y económicas.

La población rural ya no es sólo la población campesina dedicada a las labores agropecuarias, como solía aparecer en toda la literatura sobre el tema: la nueva ruralidad reconoce a campesinos, mineros, pescadores, artesanos, empresarios agrícolas y los dedicados al sector servicios como pobladores rurales. Se hace un reconocimiento explícito a los grupos étnicos y se incorpora la variable de equidad de género como elemento fundamental para entender el mundo rural e intervenir en él.

Las migraciones laborales internas en los países, así como las intracontinentales y las transcontinentales, aunque han sido recurrentes en la historia de la humanidad, hoy dan cuenta de una reestructuración, principalmente del mundo rural, tanto en el mundo desarrollado como en los países en desarrollo. Gran número de trabajadores rurales de España, Italia, Francia y otros países desarrollados son originarios de países pobres de América Latina y, además, en gran

⁴ Ver Pérez y Sumpsi (2002), Gómez (2002), Echeverri y Ribero (2002), Pérez (2001), Pérez y Farah (2001), Maestría en desarrollo rural (1994), IICA (2003) y diferentes trabajos presentados en el seminario internacional "El mundo rural: transformaciones y perspectivas a la luz de la nueva ruralidad", realizado entre el 15 y el 17 de octubre de 2003 en Bogotá, Colombia.

medida, del mundo rural. Si a ello se suma el papel de las remesas, no sólo en la economía general de los países expulsores de mano de obra, sino también en la economía rural en particular, podrían comprenderse mejor algunas de las razones de la supervivencia de la producción campesina en varios países de la región. El BID estima que para el año 2005 el valor de las remesas hacia América Latina superará los 55.000 millones de dólares. En México esta cifra es superior al valor de las exportaciones de petróleo y en Colombia es mayor que las divisas recibidas por café. Pero estas migraciones acarrear la pérdida de capital humano y social y la ruptura del tejido social en las comunidades rurales.

La nueva ruralidad también enfatiza el concepto de multifuncionalidad del territorio y el reconocimiento de la pluriactividad y de la importancia de los ingresos extraprediales para la preservación de las economías rurales y el mantenimiento de la población rural para evitar el despoblamiento de las áreas rurales, que ha producido graves problemas en los países desarrollados.

“El sincronismo en el surgimiento de las nociones de multifuncionalidad de la agricultura (MFA) en Europa y de nueva ruralidad (NR) en América Latina es notable. Elaboradas en contextos socioeconómicos diferentes, ambas se desarrollaron progresivamente durante los años noventa como reacción a los mismos procesos relacionadas con la globalización (...). Curiosamente la MFA y la NR han llevado una vida paralela. Aunque coinciden en que le atribuyen una atención particular al desarrollo y a las actividades de las zonas rurales y en que pretenden crear un marco renovado para la definición de políticas públicas en el campo rural, rara vez han sido confrontadas en cuanto a su contenido, sus objetivos y los referenciales en los que se fundamentan” (Bonnal et al. 2004).

La desagrarización del mundo rural en la literatura sobre nueva ruralidad no implica el desconocimiento de la importancia de la actividad productiva agrícola en América Latina, pero sí da cuenta de las tendencias

mundiales sobre el tema y considera las evidencias ya notorias en el continente, como se verá más adelante. La caída de las exportaciones, del área de cultivos, del número de las explotaciones y del empleo agrícola son apenas algunos de los indicadores de transformaciones más profundas que requieren análisis cuidadosos y verificaciones empíricas abundantes para nutrir la formación de un cuerpo teórico más contundente.

“El nuevo enfoque dejaba atrás, por lo tanto, la visión dualista de las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por la dicotomía entre los espacios urbanos, modernos y crecientemente industrializados, y los espacios rurales, tradicionales y agrícolas. De igual manera, la literatura de la nueva ruralidad buscaba superar la antigua concepción de las estructuras agrarias como caracterizadas sólo por la dicotomía latifundio-minifundio, o, más recientemente, por la dualidad entre un sector de grandes empresarios orientados al mercado y otro de pequeños campesinos dedicados básicamente a la producción de alimentos para el autoconsumo del hogar rural. Surgió así una visión de las estructuras agrarias de América Latina mucho más heterogénea. Esta percepción contemplaba un amplio espectro de sistemas productivos, que abarca desde los grandes complejos agroindustriales, orientados al mercado interno y/o la exportación, hasta la producción a nivel de subsistencia de los hogares rurales más pobres, pasando por una gran diversidad de pequeñas y medianas explotaciones agrícolas netamente mercantiles y de unidades productivas plurisectoriales” (Llambí, 2004).

La visión de la nueva ruralidad, como ya se ha dicho, no sólo pone el énfasis en la actividad productiva agropecuaria: también admite la trascendental importancia del manejo, uso y conservación de los recursos naturales, así como el reconocimiento de los servicios ambientales como una forma de dinamizar la economía de las áreas rurales y construir un proyecto de desarrollo más sostenible. Dentro de las nuevas funciones asignadas a los espacios rurales, se encuentra precisamente la conservación y el manejo de los recursos naturales como parte de las activida-

des económicas que pueden ser desarrolladas por la población rural. Asimismo, el reconocimiento del uso del paisaje natural como espacio para el ocio y para el logro de una mejor calidad de vida es un elemento que ha cobrado vigencia a partir de la redefinición de los conceptos de desarrollo rural y nueva ruralidad y que se ve reflejado en el surgimiento de innumerables proyectos de turismo rural en los diferentes países.

Se insiste, además, en la necesidad de desarrollar tecnologías en la agricultura que conduzcan a la recuperación y el mantenimiento de los suelos, a mejorar el uso del agua y a incentivar la agricultura limpia, disminuyendo la utilización de contaminantes, lo cual no sólo repercute en el manejo adecuado de los recursos naturales, sino también en el cuidado de la salud humana.

La institucionalidad, la participación y la construcción de planes y proyectos de desarrollo rural de abajo hacia arriba son temas claros en la agenda de la nueva ruralidad, lo que para los distintos actores sociales implica un papel diferente al asignado en la concepción de lo rural como un tema sectorial de la economía. Todo ello conlleva cambios profundos desde el Estado, las instituciones y las personas, que requieren tiempos largos y decisiones políticas complejas, cuyos resultados sólo pueden verse y medirse en el mediano y el largo plazo.

La nueva ruralidad reconoce, también, la importancia de los procesos de democratización local y de mayor valoración de los recursos propios, tanto humanos como naturales y culturales. Se ocupa de la búsqueda de la superación de los conflictos sociopolíticos que dificultan el avance y el bienestar general de las sociedades rurales. De igual modo, plantea la necesidad de concertación para la búsqueda del bien común entre los diferentes actores y entre lo público y lo privado, y alienta la valoración o creación de mecanismos de participación y control de los procesos de desarrollo.

Otro de los aportes de la nueva ruralidad es la búsqueda de la revalorización de lo rural, rompiendo el

mito de que sólo representa lo atrasado y lo no deseable en una visión de progreso y desarrollo. Pero esta visión optimista de la nueva ruralidad no desconoce la importancia de la agricultura ni la persistencia de fenómenos como la pobreza, la concentración de la tenencia de la tierra y de los ingresos, la dependencia de la exportación de bienes primarios en el continente latinoamericano, ni otros mecanismos de exclusión social que afectan a los pobladores rurales.

Exclusión social y nueva ruralidad

Hay una cierta tendencia a confundir pobreza con exclusión social o a considerar que ambas expresiones son equivalentes, pero vale la pena resaltar que ya muchos autores establecen claramente la diferencia entre ellas. La exclusión social tiene distintos significados y es un concepto mucho más amplio que el de pobreza, aunque está estrechamente relacionado con éste y, sobre todo, con la desigualdad. Esta distinción es importante para comprender mejor las actuales características de la ruralidad.

La definición más común de exclusión social es “una escasez crónica de oportunidades y de acceso a servicios básicos de calidad, a los mercados laborales y de crédito, a condiciones físicas y de infraestructura adecuada y al sistema de justicia” (BID, 2004). La exclusión social debilita o rompe los vínculos que unen al individuo con la sociedad y le impiden acceder a los beneficios del desarrollo, generándole un aislamiento cada vez mayor y conduciéndolo, de alguna manera, a condiciones de pobreza o de carencias varias. Por supuesto, la pobreza y la indigencia son formas de exclusión social, porque habitualmente los miembros más pobres de la sociedad son, a su vez, los más excluidos. Pero la exclusión puede ser, también, por género, raza, edad, discapacidades o problemas específicos de salud, en especial enfermedades infectocontagiosas.

Hay núcleos de población en América Latina que sufren simultáneamente varios tipos de exclusión. En

el último tiempo, los debates sobre nueva ruralidad han hecho hincapié en la exclusión de género y de raza. Al enfatizar en el rompimiento de la invisibilidad de muchos pobladores rurales, los seguidores de la corriente de la nueva ruralidad también enfatizan la necesidad de lograr una mayor inclusión social de todos los pobladores rurales.

Según Buvinic (2003), “los indicadores para medir la exclusión social se encuadran en seis categorías generales: 1. Medidas de pobreza, incluidos indicadores de profundidad de la pobreza y medidas de desigualdad. 2. Acceso a servicios sociales de calidad (incluida la sanidad, la educación y la vivienda) y los recursos productivos (tierra, capital, tecnología). 3. Acceso a la infraestructura física (como agua, saneamiento y transporte). 4. Acceso a los mercados laborales y la naturaleza de esta participación. 5. Indicadores de participación social. 6. Indicadores de justicia y participación política”.

Una de las características de las poblaciones excluidas y, sobre todo, de los pobladores rurales, es la invisibilidad que sufren aún por parte de los gobiernos y las estadísticas. Es difícil saber el número de etnias, lenguas y desarrollos culturales que hay en América Latina y el Caribe. Pocas veces se han hecho censos indígenas y cuando se han hecho son poco confiables; sin embargo, los pueblos indígenas representan el 10% de la población de la región y más del 40% en países como Bolivia y Guatemala. Lo mismo ocurre con los afrodescendientes, que constituyen entre 80 y 120 millones en la región, pero que están subregistrados y que en países como Brasil son cerca del 60% de la población.

Otra característica de las poblaciones excluidas es que sufren desventajas acumulativas cuando presentan dos o más características de exclusión. Por ejemplo, aunque en promedio la situación de la mujer en América Latina y el Caribe ha mejorado en las últimas décadas, también es claro que las mujeres rurales, indígenas y/o de raza negra no han tenido las mismas posibilidades de mejoramiento que las de otros gru-

pos étnicos y urbanas. Igualmente, las mujeres rurales pobres, indígenas o negras, aunque logren más años de educación formal, tienen menos posibilidades de acceso a empleos formales y/o niveles salariales similares a los de las mujeres de otros grupos o a los de los hombres (Buvinic, 2003; Pérez y Farah, 2003).

La pobreza rural

A pesar de lo ya expuesto acerca de las múltiples causas de la exclusión social, es necesario reconocer que la prevalencia de la pobreza y la indigencia y la tendencia a su crecimiento en los primeros años del presente siglo son elementos que contribuyen de manera significativa a la exclusión social en América Latina y el Caribe.

Aunque el mayor número de pobres está ubicado en las áreas urbanas, debido a los fenómenos de migración, gran parte de esa pobreza es de origen rural, y hay una estrecha relación entre la procedencia de los ingresos de los pobres urbanos y las actividades del sector primario.

Si bien “la proporción de pobres en las ciudades ha bajado paulatinamente de 41,4% en 1990 a 36,1% en el 2001 (...), dos terceras partes del total de la población rural son pobres y dos quintas partes son indigentes (...), proporciones que se mantienen sin cambio desde 1990” (FAO, 2004). “Hasta 1980 la mayor parte de los pobres estaba en el campo. Durante los años ochenta el impacto de la crisis de la deuda, aunado al fuerte proceso de urbanización, provocó un severo agravamiento en los índices de pobreza urbana. Entre 1980 y 1990 se duplicó el número de pobres en las ciudades. En el campo, en tanto, solamente aumentó 8%. Desde entonces, y también como resultado del estancamiento de la población rural total como resultado de la emigración, el mayor número de personas pobres vive en las ciudades” (FAO, 2004).

En la mayoría de los países de América Latina, el enfoque de las políticas de desarrollo rural se ha

orientado hacia la implementación de estrategias y programas para reducir la pobreza, pero sus objetivos no se han alcanzado, ya que la pobreza es de origen estructural y, mientras no se modifiquen las causas que la provocan, los programas paliativos no resuelven el problema.

La concentración de los ingresos y de la tierra como factor de exclusión social

En gran medida, la pobreza y la indigencia en América Latina y el Caribe (ALC) se originan en la enorme desigualdad en la distribución del ingreso. Esta desigualdad es mucho más notoria si se comparan los ingresos medios urbanos con los rurales, en donde, en la mayoría de los países, estos últimos son muy inferiores.

Según un estudio del Banco Mundial, el decil más rico de la población de América Latina y el Caribe se queda con el 48% del ingreso total, mientras el decil más pobre sólo recibe el 1,6%. El mismo informe señala que la desigualdad en América Latina y el Caribe es superior en 10 puntos respecto a Asia, en 17,5 puntos respecto de los treinta países de la OCDE y en 20,4 puntos respecto de Europa Oriental.

La vulnerabilidad de la población es mayor en el mundo rural cuando sus integrantes son indígenas, afrodescendientes, mujeres y, en especial, cabezas de familia. De esto hay suficientes evidencias en estudios del Banco Mundial, el BID, la Cepal y la FAO, entre otros. Países como Brasil, Guyana, Guatemala, Bolivia, Colombia, México y Perú son apenas algunos de los ejemplos que confirman esta aseveración.

Respecto de la distribución de la tierra como factor de exclusión, los países de América Latina y el Caribe han registrado, históricamente, los mayores índices de concentración del mundo. Paraguay, Chile, México, Argentina, Brasil, Costa Rica, El Salvador, Panamá, Perú y Venezuela tienen los más altos, ubicados entre 0,80 y más de 0,90. Por su parte, los de Honduras,

Colombia, Jamaica, Puerto Rico, República Dominicana y Uruguay se sitúan entre 0,66 y 0,80, según datos de la Cepal.

Se estima que en América Latina sólo la mitad de los productores rurales cuentan con título de propiedad, y persiste una grave situación de minifundio con superficies de poca viabilidad económica. Todo parece indicar que los mercados de tierras puestos en marcha en los últimos años no han cumplido los objetivos previstos, pues no se ha alterado la estructura de la propiedad ni se ha dado acceso a los tradicionalmente marginados (BID, 2005).

Los grandes propietarios de tierras han encontrado fórmulas para mantener su posición dominante, desalojando a los arrendatarios y obteniendo subsidios de capital a sus productos. En muchos países hay vastas regiones con derechos de propiedad indefinidos o ilegítimos, y fenómenos como la expansión o la contracción de áreas de cultivos ilícitos, así como conflictos internos en muchos de ellos, han dado cabida a despojos de tierras y a la ampliación de la gran propiedad y han forzado a soluciones como la expansión de la frontera agrícola a costa de la pérdida de la selva húmeda tropical. Basta ver los casos de Brasil, Colombia, Bolivia, Perú, Ecuador y algunos de América Central, entre otros.

Otros factores de exclusión social

La falta de disponibilidad de una adecuada infraestructura y la dificultad de acceso a servicios públicos, a educación y a inversión en investigación y desarrollo son otros de los factores importantes para visualizar los niveles de exclusión social de las poblaciones rurales en América Latina. Debido a que la mayoría de los habitantes de la región está ubicada en las áreas urbanas, la inversión en infraestructura vial y servicios públicos también se da, principalmente, en estas zonas. Pero lo más preocupante es que la mayor inversión, en este rubro, favorece a la población con más alto nivel de ingresos. Aún hay un gran número

de pobladores rurales que no tienen acceso a agua potable en sus viviendas, y en la mayoría de las zonas rurales el acceso al agua no siempre garantiza su calidad, pues no es tratada ni purificada.

Otro factor de exclusión social es la falta de disponibilidad de vías de comunicación y, de manera especial, de carreteras. Se considera relevante este tema porque está ligado a la posibilidad de acceso a los mercados y a los bienes y servicios públicos en general. Por otra parte, es un indicador de aislamiento físico, cultural y tecnológico. Martine Dirven (2002a) utiliza la expresión “distancia económica” para mostrar las condiciones de aislamiento, y da cuenta de la enorme diferencia que hay entre los países desarrollados y América Latina en cuanto a la disponibilidad de ferrocarriles y carreteras. También constata el bajísimo porcentaje de carreteras pavimentadas en la mayoría de los países latinoamericanos.

También es causa de exclusión para los pobladores rurales en ALC la casi inexistencia de un sistema de seguridad social con amplia cobertura. Gran parte de los adultos mayores de 65 años tienen que permanecer en el mercado laboral, trabajando más de treinta horas semanales, puesto que es la única posibilidad de obtener ingresos para la sobrevivencia, aunque no les alcanzan para superar la línea de pobreza. En los países que disponen de coberturas de previsión social más amplias, sólo un 15% de las personas mayores de 65 años están ocupadas, mientras que en los países con cobertura baja o muy baja, a nivel de la población rural, el porcentaje es de 35,3%. Por ahora, la cobertura de la población rural de 65 años que percibe jubilación o pensión no alcanza ni el 10% en Honduras, El Salvador, Bolivia, Colombia, México y República Dominicana (Dirven, 2002b).

Finalmente, es significativo que, como plantea el BID (2005), sólo el 15% de la población rural tiene acceso a crédito formal y que hay un gran rezago en innovación tecnológica y transferencia de tecnología para los pequeños y medianos productores.

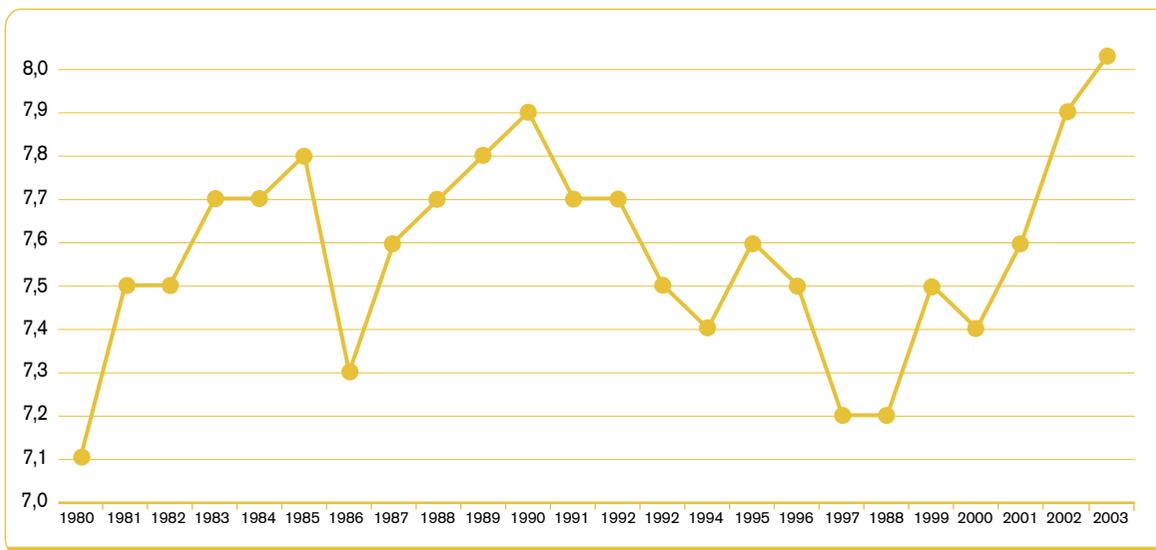
El gran peso de la agricultura en América Latina

Los países desarrollados se caracterizan, respecto al resto de los países, por el menor peso que la agricultura tiene en el PIB. En la Unión Europea sólo un 2,4% del PIB proviene de la producción agrícola, mientras que en América Latina la contribución del sector agrícola al PIB se ha mantenido entre 7% y 8% durante las dos últimas décadas (ver gráfico1). Estratégicamente aquí es mucho más importante la agricultura en su participación en el PIB. En América Latina y el Caribe, es evidente que los países más pobres y con una agricultura menos eficiente tienen una participación agrícola más elevada en el PIB, mientras que los que tienen una agricultura más eficiente y un nivel mayor de desarrollo tienden a parecerse a los países industrializados. Hay diferencias muy grandes en este sentido en la región, pues algunos países de Centroamérica, México y el Cono Sur, junto a Cuba y Venezuela, tienen una participación de la agricultura en el PIB de entre el 4% y el 6%, mientras que Guyana (48,3%), Nicaragua (35,6%), Paraguay (28,1%) y Ecuador (22,9%) mantenían en el año 2002 niveles muy altos de participación de la agricultura en el PIB total (FAO, 2004).

La agricultura sigue siendo la actividad económica que genera mayor empleo en los países pobres, en general, y también en los países de América Latina y el Caribe. Pero en relación con este tema se han presentado cambios muy importantes en la región. La población económicamente activa de ALC dedicada a la agricultura alcanzó a ser de 45 millones de personas a mediados de los ochenta. Desde entonces ha empezado a disminuir de manera lenta y se estima que en el 2003 era de 43,5 millones. De 1985 a 2003 la población económicamente activa (PEA) de la región pasó de 150 a 234 millones de personas, lo cual significa que los demás sectores de la economía han absorbido el crecimiento del número de trabajadores. La agricultura ocupa, pues, una proporción decreciente de la población activa. De 30% de trabajadores en 1985 pasó a 25% en 1990 y hoy es

Gráfico 1

América Latina y el Caribe: Participación del PIB agrícola en el PIB total (porcentaje).



Fuente: Cepal, citado en FAO, 2004.

de 19% (FAO, 2004). Sin embargo, algunos análisis insisten en la disminución de la importancia de la agricultura en el continente, tanto en términos de empleo como de producción, y calculan que para el año 2010 la PEA agrícola será del 16%, pero la PEA rural aumentará (Cruz, 2002).

Uno de los aspectos más importantes en los análisis desde la perspectiva de la nueva ruralidad surge cuando se plantea la revalorización de las actividades rurales y se desagrega el peso del empleo y los ingresos en las nuevas sociedades rurales. Esto no significa, naturalmente, el vaciamiento del campo, sino “la articulación de las actividades agrícolas con otras actividades productivas en el medio rural como una mayor vinculación del desarrollo rural con los pequeños centros urbanos (...). Se dan actividades comerciales, de servicios, así como en materiales de construcción, artesanía, agroindustria y diferentes combinaciones de empleo asalariado de algunos miembros de la familia rural en los centros urbanos (...). La participación del empleo en actividades no agrícolas en el medio rural

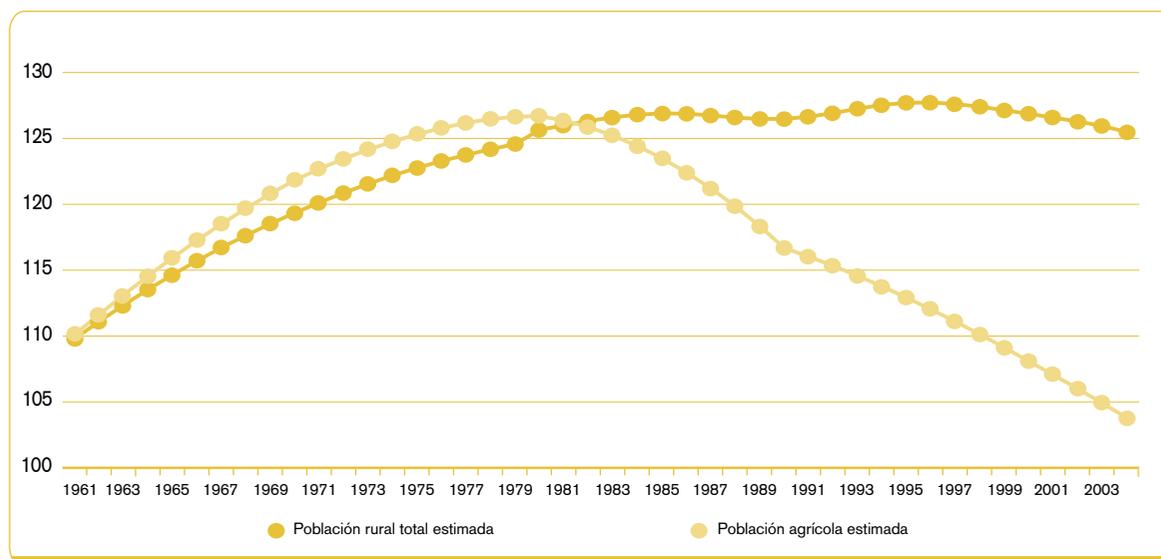
es rápidamente creciente” (FAO, 2004). “A partir de 1998, el total de las rentas no agrícolas ya rebasaba el monto de los ingresos agrícolas recibidos por los residentes rurales”. (Da Silva et al. 2005). Éste es sólo un ejemplo de las múltiples evidencias que, al respecto, hay en América Latina.

Antes de 1980, la población agrícola y la población rural presentaban una evolución semejante, pero a partir de entonces, aunque la población rural se ha mantenido en números absolutos, la población dependiente de la agricultura ha disminuido (ver gráfico 2). Esto mostraría que se amplía la población que vive en el campo pero se dedica a actividades diferentes a la agricultura.

A pesar del gran peso de la agricultura en la región, en la mayoría de los países sigue sin resolverse el tema del acceso a los bienes de producción y, de manera especial, a la tierra, no obstante los intentos de reformas agrarias que se han hecho. Estas reformas agrarias han sido extensas pero incompletas y, aunque se

Gráfico 2

América Latina y El Caribe: Población agrícola y rural (millones de personas).



Fuente: Faostat, citado en FAO, 2004.

ha modificado la estructura latifundio-minifundio, no se ha podido cambiar la situación de los campesinos pobres, debido a las fallas en el diseño y en el contexto político.

“Otra dimensión vinculada a las transformaciones recientes tiene que ver con la organización espacial de la agricultura. En las últimas décadas surgen nuevas configuraciones territoriales que expresan la heterogeneidad de procesos agrarios y tramas sociales en el espacio rural. Se produce la expansión territorial de grandes empresas agroalimentarias locales y transnacionales –líderes en el alto valle tradicional– hacia los valles medios. La revalorización del área para la agricultura bajo riego deriva en una organización empresarial a escala, relacionada con el uso intensivo de capital concentrado (tecnologías de punta, incorporación de nuevas especies y variedades frutihortícolas, y fuerte demanda de mano de obra transitoria predominantemente estacional)” (Bendini y Tsakoumagkos, 2003).

Por otra parte, el crecimiento de la demanda de productos genéticamente modificados ha llevado a grandes transformaciones en la estructura de tenencia, empleo, ingresos e impacto ambiental, en varios países. Basta citar el caso de la producción de soya transgénica en Argentina en el 2003, que fue de más de 90 millones de toneladas.

Los cambios poblacionales

América Latina y el Caribe es la única región del denominado Tercer Mundo en donde el número de habitantes urbanos es mayor que el de habitantes rurales. Su porcentaje de población rural es incluso inferior al de la mayoría de los países desarrollados. En el 2001, los pobladores rurales del mundo eran 3.215 millones, de los cuales sólo 126 vivían en América Latina y el Caribe. Hay enormes diferencias según los países. Por ejemplo, en Guatemala, Jamaica, Panamá,

Honduras y Nicaragua, en el 2001, la población rural representaba más del 40% del total de la población, mientras que países como Uruguay, Argentina, Venezuela y Chile tenían menos de un 15% de habitantes rurales (ver cuadro 1). Casi todos estos porcentajes de

población rural son inferiores a los de los países de Europa Central y Oriental. Sin embargo, como se vio antes, gran parte de la economía de la región depende aún del sector rural y de manera especial del sector agrícola.

Cuadro 1
América Latina y el Caribe: Población total y rural.

País	Población total (millones)				Población rural (% de la población total)			
	1975	2001	2003	2015	1975	2001	2003	2015
Argentina	26,0	37,5	38,0	42,7	19,3	11,7	9,9	7,8
Chile	10,3	15,4	16,0	17,9	21,6	14,0	13,0	9,8
Uruguay	2,8	3,4	3,4	3,7	16,9	7,9	7,5	5,6
Costa Rica	2,1	4,0	4,2	5,0	56,5	39,5	39,4	33,2
Cuba	9,3	11,2	11,2	11,4	35,8	24,5	24,3	21,9
México	59,1	100,5	104,3	119,1	37,2	25,4	24,5	21,2
Panamá	1,7	3,0	3,1	3,8	51,0	43,4	42,8	38,3
Trinidad y Tobago	1,0	1,3	1,3	1,3	37,0	25,5	24,6	20,3
Brasil	108,1	174,0	181,4	209,4	38,2	18,3	17,0	11,6
Colombia	25,4	42,8	44,2	52,1	40,0	24,5	23,6	18,7
Venezuela	12,7	24,8	25,8	31,3	24,2	12,8	12,4	10,0
Perú	15,2	26,4	27,2	32,2	38,5	26,9	26,1	22,0
Ecuador	6,9	12,6	12,9	15,1	57,6	36,6	38,2	32,4
Paraguay	2,7	5,6	5,9	7,6	61,0	43,4	42,8	35,7
Rep. Dominicana	5,0	8,5	8,6	10,1	54,7	44,0	40,7	35,4
Jamaica	2,0	2,6	2,6	2,7	55,9	43,4	47,8	45,8
El Salvador	4,1	6,3	6,6	8,0	52,5	38,7	40,6	35,8
Nicaragua	2,5	5,2	5,3	6,6	51,1	43,5	42,7	37,2
Bolivia	4,8	8,5	8,8	10,9	52,7	37,1	36,6	31,0
Honduras	3,0	6,6	6,9	8,8	67,9	46,4	54,4	48,7
Guatemala	6,0	11,2	12,0	15,9	63,3	60,0	53,7	40,1
Haití	4,9	8,1	8,3	9,8	78,3	63,7	62,5	54,5
TOTAL	310,7	511,4	529,7	615,6	37,6	23,5	22,6	18,2

Fuente: elaboración propia con base en PNUD, Informe sobre Desarrollo Humano 2005.

La tendencia de la población rural es a la disminución, en términos porcentuales, en todo el mundo. Según proyecciones hechas para el 2015, la caída del porcentaje de población rural es más drástica para los países de América Latina y el Caribe que para los europeos, pues mientras en estos últimos se estima que el porcentaje descenderá en 1,4%, en América Latina y el Caribe lo hará en 4,7% (ver cuadro 2).

En América Latina, por otra parte, la densidad de población es muy baja y hay vastos territorios vacíos. En promedio hay 21 habitantes por km², pero este número es muchísimo menor en varios países: Argentina, 1,7; Bolivia y Uruguay, 2,9; Chile, 3,1; Venezuela, 3,4, y Brasil 4,4. El país con mayor concentración de población por km² es El Salvador, con 257 (Dirven, 2002a). “Más o menos el 40% del total de población del continente vive disperso o en localidades muy pequeñas, es decir, con menos de dos mil habitantes. En Colombia, por ejemplo, unas 650 cabeceras municipales, de las 1.098 que tiene el país, entran en esta categoría. República Dominicana, Ecuador, Panamá, Bolivia, Nicaragua, Paraguay, El Salvador, Costa Rica, Honduras, Guatemala y Haití tienen entre un 40% y un 75% de su población en este tipo de localidades.

En cambio en Uruguay, Argentina y Brasil más del 50% de la población vive en ciudades de más de un millón de habitantes” (Pérez, 2004, 182).

Las ciudades siguen siendo polos de atracción para los pobladores rurales, o simplemente su única posibilidad de sobrevivencia, debido a los cambios en la estructura productiva rural, en especial el desarrollo de la agricultura de plantación y las empresas agroindustriales, pero también, en muchos países, debido a desastres naturales, como inundaciones, huracanes y terremotos. Un factor muy importante de movilidad de la población de lo rural a lo urbano ha sido, en varios países del área, el desarrollo de conflictos sociales que han terminado en procesos de desplazamiento forzado, fenómeno que sólo en Colombia ya ha afectado a tres millones de habitantes en esta situación.

También se han producido otros fenómenos migratorios, sobre todo transnacionales y transcontinentales, gracias al desarrollo de mercados laborales en ámbitos agrícolas y de servicios en los países desarrollados y al impacto negativo de las políticas del modelo neoliberal en esta parte del mundo. Un último fenómeno que genera movimientos de población y ocupaciones

Cuadro 2

Población total y rural, menores de 15 y mayores de 65 años, América Latina y El Caribe, Europa Central y Oriental y la CEI, OCDE.

Región	Población total (millones)			Población rural (% de pobl. total)			Pobl. menor de 15 años (% de la pobl. total)		Pobl. mayor de 65 años (% de la pobl. total)	
	1975	2003	2015	1975	2003	2015	2003	2015	2003	2015
América Latina y el Caribe	318,4	540,7	628,3	38,9	31,5	26,3	30,8	26,5	4,9	7,5
Europa Central y Oriental y la CEI	366,6	406,3	396,8	47,2	37,1	36,2	19,1	17,3	10,6	12,9
Países de la OCDE	925,7	1.157,3	1.233,6	32,8	24,1	21,1	19,8	17,8	11,6	16,1
Total mundial	4.073,7	6.313,8	7.219,4	72,8	51,7	46,5	28,9	25,9	6,0	8,4

Fuente: elaboración propia con base en PNUD, Informe sobre Desarrollo Humano 2005.

espaciales importantes es el de los cultivos ilícitos en varios países de la región.

Hay nuevos fenómenos que se ubican en el contexto de la nueva ruralidad, como la llamada urbanización del campo, bien sea por la formación de especies de ciudades dormitorio o por el desarrollo de áreas de segunda residencia u ocupación –a cargo de industrias y agroindustrias– de espacios interconectados entre el área urbana y las áreas rurales. Estos fenómenos de conurbanización cada vez ocurren con mayor frecuencia en distintos países latinoamericanos, pero aún no alcanzan a contrarrestar el desequilibrio de la densidad de población entre el campo y la ciudad. Es importante anotar que muchas regiones de los distintos países están empezando a sentir el efecto dramático del abandono por parte de los pobladores de los territorios que antes estaban dedicados a la actividad agrícola y pecuaria, en especial los pequeños productores y los jornaleros agrícolas.

Desafíos para el desarrollo humano en el mundo rural

Uno de los desafíos para abordar el desarrollo humano en el mundo rural tiene que ver con la adopción de un *nuevo enfoque de desarrollo rural*, ya que los enfoques anteriores han fracasado, puesto que la incidencia de la pobreza rural no ha disminuido y la población rural pobre ha aumentado, la desigualdad social es enorme y va en aumento, permanece la brecha entre el desarrollo social urbano y el rural y la migración continúa siendo el factor que impide el mayor aumento de la pobreza y, por tanto, ha aumentado la pobreza urbana de origen rural (De Janvry y Sadoulet, 2004).

Desde hace varios años se viene hablando de la necesidad de plantear el enfoque del desarrollo territorial rural, “entendido como un proceso simultáneo de transformación productiva, institucional y social en un determinado territorio rural” (BID, 2005). Aquí “el territorio no es un espacio físico objetivamente

existente, sino una construcción social, es decir, un conjunto de relaciones sociales que dan origen y a la vez expresan una identidad y un sentido de propósito compartidos por múltiples agentes públicos y privados” (Schejtman y Berdegué, 2003).

Este nuevo enfoque del desarrollo rural reconoce la importancia de la creciente inserción regional e internacional de los territorios rurales y los vínculos urbano-rurales, así como la necesidad del desarrollo de actividades tanto agrícolas como no agrícolas, para poder lograr la transformación productiva, institucional y social de la que se viene hablando. Esta estrategia debe ir más allá de la sola pretensión de “reducir la pobreza”, si se quiere que las transformaciones sociales sean incluyentes y sostenibles.

Es necesario, entonces, *romper el sesgo sectorial agrario* del desarrollo rural y tener en cuenta el nuevo mundo rural, que hemos mostrado en la primera parte del trabajo, al hablar de la nueva ruralidad. Únicamente así se harán visibles todos los pobladores rurales y no sólo los productores agropecuarios. La *visibilidad* implica, entre otras cosas, la desagregación en las estadísticas por género, edad, raza y actividad económica. Hoy en día es prácticamente imposible encontrar estadísticas coherentes y comparables a nivel latinoamericano, porque tampoco las hay en casi ningún país de la región. Ya no es aceptable que la visibilidad de los pobladores rurales sólo sea posible cuando se toman por la fuerza los terrenos, cortan las vías, paralizan actividades en entidades estatales u organizan manifestaciones de inconformismo, las que casi siempre terminan en acciones represivas y sin ninguna solución a los problemas planteados.

Es imperiosa la necesidad de garantizar una mejor y *más equitativa distribución de la tenencia de la tierra*, pero sobre todo garantizar el acceso a la misma y dar seguridad a los derechos de propiedad. Pero también es imprescindible garantizar el *acceso al agua, al crédito y a una infraestructura adecuada en el medio rural*, no sólo para ingresar a los mercados, sino además para asegurar la calidad de vida que merecen los pobladores

rurales. “Mientras más infraestructura tenga un país (incluidos el suministro de electricidad, las telecomunicaciones, los caminos y los ferrocarriles), menor será su nivel de desigualdad” (Ferranti, 2003).

Según Ferranti, el activo productivo más importante que puede obtener la mayoría de la gente es *la educación*, pero sólo si es igualitaria tiene, potencialmente, múltiples influencias en lo relativo a resultados y prácticas más equitativas. Es urgente mejorar la calidad de la educación para que garantice la igualdad de oportunidades a todos los pobladores y, por supuesto, hay que incrementar los incentivos de permanencia de los habitantes rurales y disminuir el fenómeno de la deserción escolar. Es necesario tener en cuenta que esto requiere una *visión de largo plazo*, pues los cambios y los impactos de un mayor y mejor nivel educativo tardan años en reflejarse en salarios e ingresos. Es preciso focalizar la ampliación de cobertura hacia los más pobres y hacia los grupos raciales minoritarios, que son hoy los más excluidos.

Otro de los desafíos que hay que plantearse es la búsqueda de estrategias que logren *retener y fijar la población joven en el mundo rural*, para lograr una mayor dinámica económica, garantizar el cuidado y preservación de los recursos naturales, evitar el abandono y deterioro de los territorios rurales, y preservar

el tejido social, las tradiciones y las costumbres que hacen parte del patrimonio de los países.

Resulta indispensable reconocer la *heterogeneidad* de los territorios, los pobladores y las actividades económicas para diseñar estrategias de desarrollo rural que tiendan al logro de las transformaciones sociales incluyentes. Dentro de la región, y en cada país, hay una gran heterogeneidad que requiere de tratamientos diferenciados y no de la aplicación de un solo modelo de desarrollo rural, sin importar las diferencias.

En la era actual es impensable un modelo de desarrollo rural que no garantice la *participación ciudadana* y que no busque la construcción de programas y proyectos de desarrollo rural de abajo hacia arriba, para que los distintos actores del desarrollo, tanto públicos como privados, sean partícipes de las decisiones que los involucran. Ello implica la construcción de una nueva institucionalidad para el desarrollo rural y un replanteamiento del papel del Estado en la búsqueda de la equidad en el desarrollo. “Este cambio tiene que ser conformado por la interacción creativa entre la sociedad civil y un Estado activista pero democrático, en el cual el nuevo movimiento indígena y campesino debe jugar un papel crucial para asegurar que las fuerzas del mercado sean controladas por un proceso de desarrollo igualitario, inclusivo y participativo” (Kay, 2005).

BIBLIOGRAFÍA

Banco Interamericano de Desarrollo, BID (2005), “Estrategia de Desarrollo Rural”. Borrador. Departamento de Desarrollo Sostenible. Unidad de Desarrollo Rural. Febrero de 2005. Mimeo.

Banco Interamericano de Desarrollo, BID (2004), “Sobre la Exclusión Social”. Documento publicado en: http://www.iadb.org/sds/SOC/site_3094_s.htm, consultado el 28 de agosto de 2004.

Bendini, Mónica y Tsakoumagkos, Pedro (2003), “El agro regional y los estudios sociales. Temáticas y reflexiones”, en: Bendini, et al. *El campo en la sociología actual. Una perspectiva latinoamericana*. Editorial La Colmena, Buenos Aires.

Bonnal, P, et al., (2004), Multifuncionalidad de la agricultura y Nueva Ruralidad: ¿Reestructuración de las políticas públicas a la hora de la globalización?, en Pérez, E. y Farah, M.A. (comp.) *Desarrollo rural y nueva ruralidad en América Latina y la Unión Europea*. CIRAD. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Buvinic, Mayra (2003), “Inclusión social en América Latina y el Caribe: Experiencias y lecciones”. Documento presentando en el seminario “Buenas prácticas en Inclusión Social: Diálogo entre Europa y América Latina y el Caribe”, Banco Interamericano de Desarrollo BID, 21 y 22 de marzo de 2003, Milán, Italia.

Cruz, María Elena (2002), “Políticas agrarias y rurales en América Latina: etapas, enfoques, restricciones e interrogantes”, en: Pérez, Edelmira y Sumpsi, José María. *Políticas, instrumentos y experiencias de desarrollo rural en América Latina y la Unión Europea*, FAO, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación de España (MAPA), Madrid.

Da Silva, Graciano, et al., (2005), “El nuevo mundo rural brasileño”, en *Revista Alasru, Nueva Época. Análisis latinoamericano del medio rural*.

De Grammont, Hubert (2004), “El concepto de nueva ruralidad”. en CLACSO –Grupo de Desarrollo Rural. Departamento de Desarrollo Rural y Regional– Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales. *La nueva ruralidad en América Latina: Avances teóricos y evidencias empíricas*. – En imprenta.

De Janvry, A. y Sadoulet, E. (2004), “Hacia un enfoque territorial del desarrollo rural”, Presentación en Cuarto foro temático regional de América Latina y El Caribe “Cómo cosechar las oportunidades disponibles: el desarrollo rural en el siglo 21”. Costa Rica, octubre, en www.bancomundial.org/cuartofoforo/text/AJANVRY-Oct20-2004.pdf

Dirven, Martine (2002a), “Distancia económica, cadenas agroalimentarias y clusters locales: una mirada a América Latina”. Documento preliminar, Unidad de Desarrollo Agrícola. División de Desarrollo Productivo y Empresarial. CEPAL, Santiago de Chile.

Dirven, Martine (2002b), “Las prácticas de herencia de tierras agrícolas: ¿una razón más para el éxodo de la juventud?” Serie Desarrollo Productivo, Red de desarrollo agropecuario, Unidad de Desarrollo Agrícola, División de Desarrollo Productivo y Empresarial. CEPAL, Santiago de Chile.

FAO (2004), “Tendencias y desafíos en la agricultura, los montes, y la pesca en América Latina y el Caribe”. Documento base del foro virtual “Tendencias y desafíos en la agricultura, los montes, y la pesca en América Latina y el Caribe”.

Ferranti, David, et al., (2003), *Desigualdad en América Latina y el Caribe: ¿ruptura con la historia?* Resumen Ejecutivo. Estudios del Banco Mundial sobre América Latina y el Caribe. Banco Mundial, Washington.

IICA (2004), *Situación y perspectivas de la agricultura y de la vida rural en las Américas*. San José de Costa Rica.

Kay, Cristóbal (2005), “Estrategias de vida y perspectivas del campesinado en América Latina”. en *Revista Alasru, Nueva Epoca. Análisis latinoamericano del medio rural*.

Llambi, Luis (2004), “Nueva ruralidad, multifuncionalidad de los espacios rurales y desarrollo local endógeno”, en Pérez, E. y Farah, M.A. (comp.) *Desarrollo rural y nueva ruralidad en América Latina y la Unión Europa*, CIRAD, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Pérez, Antonio y Caballero, José María (2003), *La nueva ruralidad en Europa y su interés para América Latina*. FAO, disponible en, www.fao.org/documents/show_cdr.asp?url_file=/DOCREP/004/Y4524S/Y4524S00.HTM

Pérez C., Edelmira (2004), “Lo rural y el desarrollo en América Latina”. en Pérez, Edelmira y Rodríguez, Román (ed.) *Espacios y desarrollos rurales. Una visión múltiple desde Europa y Latinoamérica*. Ediciones Trea S.L. Gijón, España.

Pérez C., Edelmira, y Farah, María Adelaida (2003), “Rural poverty and women’s work in Brazil and Colombia”. Resultados iniciales de investigación para el caso colombiano. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD (2005), *Informe sobre Desarrollo Humano*, Mundi Prensa, México.

Real Academia española(2001), *Diccionario de la Lengua Española*. Vigésima segunda edición, Editorial Espasa Calpe, Madrid.

Schejtman, A. y Berdegué, J. (2003), “Desarrollo territorial rural”, en Echeverría, R. (ed.) *Desarrollo territorial rural en América Latina y El Caribe: Manejo sostenible de recursos naturales, acceso a tierras y finanzas rurales*. BID, Washington.

IV | LA NUEVA RURALIDAD EN CHILE: APUNTES SOBRE SUBJETIVIDAD Y TERRITORIOS VIVOS

**Exposición de Manuel Canales,
Profesor de la Escuela de Sociología
Universidad de Chile.**

Este texto propone un conjunto de reflexiones e interpretaciones sobre las subjetividades y los territorios vivos del mundo rural actual. Es un texto ensayístico, pues no pretende sistematizar el conjunto ni comprobar empíricamente cada uno de sus planteamientos. Aprovecha, en cambio, la libertad que otorga el ensayo para proponer algunas hipótesis que puedan ayudar a comprender unas sociedades y unos mundos muy cambiados y, en buena parte, invisibilizados.

En rigor, más que invisibilizados, quizá el término preciso es *desoídos*. Por esta razón, las reflexiones que siguen son un intento por escuchar una palabra –un discurso– que no está siendo escuchada por el sentido común urbano ni por el sector dirigente. Se trata de un habla que ha quedado fuera de lo corriente; el riesgo que corremos al interpretarla es, por lo mismo, más alto que de costumbre.

Se busca aquí abrir una conversación, formulando para ello algunas preguntas que nos aproximen a la nueva cuestión rural, preguntas que sólo pueden ser realizadas desde los sujetos mismos, como palabra propia o discurso propio.

Para el efecto se señala un universo de tópicos donde la subjetividad rural está expresada por sus formas típicas. Son cuestiones críticas señaladas en las conversaciones rurales y en las que se juegan el sentido y la interpretación de la vida social.

Con todo, se debe enfatizar el carácter tentativo

de las proposiciones siguientes, en consideración al carácter provisorio de los resultados de una investigación en marcha que sirve de base a estas ideas. Pero, siendo éste un seminario de acercamiento al tema, ellas se ofrecen como provocaciones para un debate que no se producía desde hacía demasiado tiempo.

El mundo rural: donde antes había continuidad hoy hay cambio

Desde hace ya más de cincuenta años que la ruralidad viene experimentando cambio tras cambio, sin que se haya consolidado en ella alguna forma más o menos estable. La ruralidad hoy, objetiva y subjetivamente, es un proceso, una dinámica, un movimiento, más que una estructura. Esto desafía profundamente las perspectivas y los conceptos que usamos habitualmente para definir y comprender lo rural.

En estos cincuenta años, los cambios en el mundo rural se han enmarcado en tres épocas: sobre el tiempo y el espacio casi congelados de la hacienda, se instaló una primera modernización y luego una segunda, casi sin pausas ni períodos de maduración y adaptación. La experiencia límite que significa un cambio de época –que es lo que estaríamos viviendo actualmente, cuando la última modernización ha comenzado a mostrar sus limitaciones– se duplica en el caso rural.

El primer cambio se inició en los años sesenta, con el paso del campo tradicional, de los fundos y de una

agricultura reproductiva o extensiva instalada en un orden social estático y autoritario a una sociedad de la letra, de la ley, de la ciencia y de la tecnología y, con ellas, del aumento constante de la producción.

El segundo cambio, insinuado ya en los setenta pero reforzado en los ochenta, dice relación con la inminencia de los cambios que se condensan en la globalización, la competitividad, la cultura económica, el consumo, la sociedad mediática o de masas y las emergentes formas de la sociedad virtual.

Estos cambios no sólo han afectado las estructuras demográficas, productivas y de la tenencia de la tierra: también han causado un impacto profundo en la manera en que los habitantes del campo perciben su mundo y se perciben a sí mismos.

El incesante cambio rural pone la pregunta ¿y en el futuro, qué?

Una sociedad de fuertes transformaciones como la rural está tensionada desde las múltiples memorias –de lo que fue antes de cada cambio– y desde las incertidumbres por el futuro –de lo que ocurrirá, esta vez, otra vez, después de los nuevos cambios–. Entre unas y otras, el presente subjetivo de la ruralidad es también la de un sujeto en proceso, la de una historia en marcha.

Por eso, no debería sorprender que la ruralidad sea hoy más una pregunta por lo que vendrá, antes que una nostalgia. Y si en algunos casos el pasado llega a ser nostalgia, lo es por las urgencias del presente y por la incertidumbre respecto al futuro.

Del campesinado tradicional ya no es posible afirmar –como se hacía en el pasado– que lo propio de los sujetos rurales es su fatalismo y su conservadurismo: nada podrá cambiar en el futuro e incluso, es bueno que nada cambie. Lo que domina ahora es la percepción, aunque es un tanto difusa, de que el cambio es la ley natural de las cosas. El fatalismo ha sido reem-

plazado por la incertidumbre y el conservadurismo por la urgencia.

No es de extrañar, entonces, que la identidad rural sea hoy un concepto brumoso y hasta perdido para los propios sujetos del campo. Hablar en nombre de la ruralidad pasada ya no tiene mayor sentido, pues no apunta a una realidad que pueda ser experimentada ahora y que, por esto, sirva de referencia común para situarse a sí mismo y para encontrarse con otros. No es que a los habitantes del mundo rural les falte realidad y experiencia en el presente ni que deban refugiarse en el pasado para encontrar algo común de qué hablar. Es más bien lo contrario: en el campo pasan hoy demasiadas cosas para las que se carece de nombres o interpretaciones. Hay suficiente nueva sociedad o nueva realidad rural como para tener que cobijarse simbólicamente en las tradiciones perdidas. Por lo demás, la memoria de aquellas tradiciones es también, en parte, la de un orden oprobioso y explotador.

Lo que haya sido lo rural ya no lo es, y lo que está siendo, lo que sea, tiende también a ya no serlo. Ello podría ayudarnos a entender por qué, según muestran algunos estudios exploratorios, no existe una ruralidad autorreflexiva y autorrepresentada. A los habitantes del mundo rural les cuesta hablar de sí mismos reconociéndose como tales o como campesinos. Volveremos sobre este punto al final de la presente ponencia.

Lo anterior es comprensible no sólo por la velocidad y la omnipresencia de los cambios, sino también porque en el campo se han debilitado los sujetos colectivos, aquellos que portan el habla y la representación de las identidades. Los pequeños agricultores ya no conforman entidades como las antiguas federaciones del movimiento campesino: las nuevas agrupaciones no alcanzan niveles de organización equivalentes a los de aquéllas. Tampoco disponen de proyectos de regeneración o reconversión que los lleve más allá de la mera resistencia ante el sistema político. Los temporeros, por su propia condición, constituyen un improbable actor o sujeto hablante, permaneciendo en la frontera de la acción comunicativa colectiva y de la inclusión social.

La debilidad de las referencias y los lenguajes para referirse al campo hace que sólo pueda hablarse de la ruralidad desde el futuro, desde lo que ella pueda llegar a ser, desde lo que se percibe como riesgos y posibilidades, desde lo que se vive como aspiración y expectativa.

La experiencia subjetiva del futuro

Hay una diferencia sustantiva entre la primera y la segunda ola de cambios. La primera fue realizada en gran medida desde el Estado y fue propuesta como un proceso de integración. De hecho, fue formulada como una promesa, y traía, junto a la crítica del pasado, el anuncio de un futuro de rango utópico. Se pretendía el progreso, con sus signos y beneficios: la letra, la escuela, la ley, la electricidad, el agua potable, la salud, la justicia social, la democracia y, en fin, el asistente social y el técnico agrícola. En dos palabras, se buscó la promoción rural, la que fue anunciada como un cambio liberador y protegido.

La segunda ola de cambios, por el contrario, aunque pueda traer algunos de sus beneficios, no se ha anunciado ni se ha prometido como “progreso”. En su nombre, el desarrollo ha pasado a llamarse “crecimiento”. Desde el punto de vista del impacto sobre la subjetividad rural, lo más importante es que el desarrollo rural ha dejado de hablar de sí mismo en el lenguaje de los sujetos y de las sociedades y ha dejado de narrarse como una historia. Ha pasado a formularse en el lenguaje sin sujeto y sin historia de la economía y de las políticas públicas universales. Ha pasado a ser entendido como una suerte de evolución guiada por leyes naturales cuyo paradigma es la economía, ubicado fuera del ámbito de lo opinable y discutible públicamente. Así, el cambio no se formula ya como una aspiración colectiva ni se orienta por un sentido de historia común.

Esta nueva ola de cambios viene impulsada desde los mercados, con su inmensa potencia organizadora de la vida social, operando esta vez a escala global. La

nueva escala del mercado –la globalización– tiende a producir asimetrías incommensurables entre la capacidad de gestión de oportunidades de un pequeño agricultor y la de un mediano o gran empresario agrícola.

De la mano de estas transformaciones, también se desarticulan la trama social de la pequeña agricultura y su correlato de protección, clientelismo, promoción y fomento institucional, normalmente patrocinado desde el Estado. El cambio los pone a la intemperie. Para los pequeños agricultores, el nuevo mundo de los agronegocios globalizados pareciera ser tanto una obligación como un obstáculo infranqueable. Ellos viven en una contradicción: ya no pueden ser lo que se les pedía que fueran –productores eficientes para un mercado interno protegido– ni pueden llegar a ser lo que ahora se les exige que sean –productores competitivos en los mercados globales–.

Todo lo anterior configura en muchos casos un cuadro subjetivo de incertidumbre y desamparo. Puestos a mirar el futuro desde este presente inquieto, donde es difícil decir quién se es y dónde se está, el habitante rural se ve en juego y en riesgo. En juego y en riesgo cíclico, en el caso del obrero agrícola estacional o de temporada, y en juego y en riesgo histórico, en los casos del pequeño agricultor familiar y de las comunidades, localidades y pueblos.

La experiencia del cambio y las demandas rurales

Más que la idea de derecho o de conquista social, hoy es la incertidumbre frente al cambio lo que define el sentido y la urgencia de las demandas rurales. Distintas experiencias conducen a otras tantas demandas diferentes. Veamos las demandas de los temporeros y de los pequeños agricultores y la emergente forma de activación de las comunidades y de las “zonas” o comarcas.

Trabajadores agrícolas de temporada

El trabajador del nuevo agro trae consigo una nueva forma histórica. No se le puede comparar con el antiguo inquilino ni con el afuerino, ni tampoco con el obrero industrial ni con el trabajador del sector servicios. Un signo lo caracteriza de modo constitucional: es temporalmente integrado y temporalmente excluido. Según la estación del año, pasa de la integración social del consumo y el empleo a la fase contraria de exclusión y pobreza. Trabaja así en la irregularidad temporal, aun cuando en lo institucional todo se encuentra en orden: el contratista hace el contrato, y el trabajo es productivo y globalizado. La suya, su subjetividad, es una demanda de presente social, de continuidad temporal en la integración, o al menos de reconocimiento social, institucional, previsional de su particular inserción laboral¹.

Desde la perspectiva de este sujeto, la nueva ruralidad alude a una demanda primaria y urgente: la demanda por la regularización social del empleo agrícola, ligada al nuevo agro. Mientras no se regularice, permanece en una situación cotidiana insostenible, con una identidad paradójica: al mismo tiempo negada y afirmada, entrando y saliendo, no estando nunca fuera pero tampoco dentro. Tal situación se refleja en sus desplazamientos a –y desde– extramuros, ya sea a los campos o ciudades y pueblos mayores de las distintas zonas o comarcas. Sus nuevos poblamientos marcan sus nuevas fronteras sociales, las formas integradas de la pobreza, esta vez rur-urbana.

El pequeño agricultor

Los sujetos de la agricultura familiar campesina,

a diferencia de los temporeros, no plantean la cuestión del presente, sino la del futuro. En ellos se formula una demanda y un requerimiento de proyecto, de reinserción y de reaprendizaje en el nuevo mundo económico y político. En esta óptica, hay tres rasgos a considerar para situar el asunto de las demandas de los pequeños agricultores.

El primero es que la agricultura familiar viene realizando un proceso de “modernización” tecnológica, familiar y cultural desde los años sesenta. Los actuales pequeños agricultores son en gran parte resultado de la propia acción modernizadora del Estado y de las instituciones y organizaciones dirigentes. Se trata de pequeños productores que han sido socializados en la cultura de las fuerzas mecánicas, de las genéticas mejoradas y de las ideologías productivistas, con sus resabios mágico-culturales que vinculan al campo con la alimentación de las ciudades.

El segundo rasgo es que en ellos ya no se encuentra la actitud tradicional del campesino. En su lugar ha emergido un productor orientado al mercado, intensivo en factores, tecnificado: un aprendiz exitoso de lo que prohijaron con esfuerzo el Estado y la educación pública.

Y el tercero es que, precisamente cuando ya se dominaba el nuevo programa tecnológico-productivista-empresarial, llegó un segundo cambio, que trajo otras lógicas y otros recursos: las nuevas reglas de la economía rural, los agronegocios, la competitividad, la globalización. El nuevo orden económico ha venido a replantear la cuestión de la gestión técnica y el sentido social de la pequeña agricultura. Y ha puesto en riesgo su reproducción, no sólo por la necesidad imperiosa de

¹ La imagen del *temporero con zapatillas de marca* no se ha analizado todavía en su justa dimensión. Sin embargo puede verse allí una racionalidad que no es ni alienada ni gozosa: la marca señala la posibilidad de una integración social rápida y a la mano, la misma que niega estructuralmente la temporalidad o irregularidad del empleo. Es el carácter doble del nuevo trabajador rural: lo mismo pobre que integrado al consumo, oscilando entre los signos de la abundancia y los de la necesidad, la integración y la exclusión. *La zapatilla de marca* cumple el deseo integrador que ni la educación ni el trabajo han permitido. Así, paradójicamente, la sociedad de consumo se muestra, en esta cara, como más democrática que la modernización anterior –industrialista, letrada, estatista–, pero, pese a ello, se esfuma luego y deja la identidad cuestionada, externa e internamente, del temporero.

su reconversión, sino también por la ausencia, hasta el momento, de modos exitosos de llevarla a cabo.

Las comunidades

Algo similar se puede decir respecto a otro referente de la ruralidad: las comunidades y las localidades. Según sus sujetos, ellas aparecen en el horizonte como una incertidumbre.

Lo más profundo y extenso de la ruralidad se encuentra, probablemente, en la densidad de las relaciones sociales y ecológicas de las comunidades territoriales y en los hábitos de sus ocupantes. Sin embargo, ellas deben enfrentar una aguda transformación, no dirigida ni conducida, debido a la acumulación de cambios.

Por cierto, algunos vínculos han perdido densidad y se han creado otras mediaciones al interior de las comunidades y entre ellas y el mundo. Se trata de nuevos vínculos con lo público y lo estatal, con las instituciones, así como con el mercado y sus actores. Ello ha acarreado, entre otras cosas, la pérdida progresiva del carácter aislado de las comunidades. Tanto la nueva infraestructura como la conectividad masiva de los medios de comunicación y la publicidad han intervenido la esencia de la distancia física, transformándola.

Ni ancladas en el pasado ni encerradas en un lugar: las comunidades viven a la deriva intentando su reconstitución dentro de las nuevas circunstancias. Sin embargo, vuelven a sufrir los rigores de la asimetría: no disponen de una política pública, territorial o ambiental que las proteja, ni tampoco de una asociatividad rural coordinada que actúe a partir de sí misma.

Las condiciones del futuro

Según cómo se conjuren esos fantasmas dependerá el modo en que se regenere o se continúe invisibilizado lo rural. O, más exactamente, ello dependerá de la capacidad de las dirigencias públicas y privadas para reconocer esas demandas del campo como legi-

timas, porque tales demandas representan la necesidad impostergable del mundo rural de integrarse a los procesos de cambio en marcha, de manera viable y sostenible social, ambiental y culturalmente.

Aquí queremos observar los signos de movimientos con sentido de futuro que hay en los sujetos y actores rurales: movimientos que señalan ciertas fuerzas que le proponen un camino a la sociedad rural para reconstruirse.

La demanda por dignidad en los temporeros

En el caso de los temporeros, la agenda ya está puesta. Para ellos no es sostenible una socialidad fundada en la estacionalidad si no se disponen de recursos ad hoc, específicos, que reparen la irregularidad social que los afecta.

En lo medular, los actuales trabajadores temporeros son una contradicción, una suerte de estado doble que cristaliza en nuevas formas de cultura de pobreza, ya no en su condición de excluidos de la economía central, sino como habitantes propiamente en el centro de ella. Esta nueva frontera sólo puede generar mayor exclusión, que se reproduce y acumula como frustración y resentimiento.

La evolución de lo anterior dependerá de cómo evolucione, a su vez, la conversación de los propios temporeros, pero también la discusión nacional y pública sobre la calidad del empleo y la cuestión, culturalmente decisiva, del empleo decente. Lo que está en juego es precisamente la dignidad social, que la nueva economía no asegura, sino que más bien deja fuera de la lista de los hechos que considera relevantes.

Agricultura familiar: en busca de un proyecto

Los pequeños productores agropecuarios –la agricultura familiar– todavía resisten los efectos amenazantes del nuevo mercado al que comienzan a integrarse. Sin embargo, aún no alcanzan a visualizar proyectos compatibles con su escala y sus recursos.

No es obviamente un apego a tradición alguna lo que complica la situación actual de los pequeños agricultores. No es atraso: es ausencia de alternativas viables para salir al futuro. No es la defensa del pasado, sino la dificultad para transitar hacia adelante. Y junto a ello resuena la amenaza de quedarse, ahora sí, fuera de la nueva propuesta de modernidad.

En estas circunstancias, lo que resta es interpretar esa incertidumbre como una búsqueda en marcha. En tal sentido, los pequeños agricultores tienen el reto formidable de inventar una nueva agricultura, o una nueva oferta a la sociedad, que revalide su lugar y su misión. Las condiciones, sin embargo, nos las fijarán ellos. Lo que se abre es el espacio para un nuevo diálogo de los pequeños agricultores con el Estado, el mercado y la sociedad, para la promoción de una agricultura cuyo eje sea la sustentabilidad rural, con sus elementos ambientales, sociales y culturales.

Hay que reiterarlo: en esas demandas está la afirmación de un derecho al futuro, no una defensa del pasado. De hecho, los mismos pequeños agricultores que resienten el impacto –desproporcionado a sus escalas de trabajo directo y autogestionario– de las reglas del mercado globalizado se esfuerzan por hacer el aprendizaje, una vez más, de las nuevas normas de la modernidad, esta vez de la competitividad.

La ausencia de alternativas de futuro, entendidas como espacios de construcción de opciones donde hoy no las hay visibles ni disponibles, provocará resistencias entre quienes se perciben amenazados en sus medios y modos de vida.

La nueva conciencia de los valles

En el caso de las comunidades o localidades rurales están emergiendo, junto a las tendencias de disolución de la densa trama social tradicional, nuevas formas de conciencia territorial, intercomunitaria o de “valle”.

Esta conciencia está surgiendo especialmente en los nuevos movimientos por la protección del ambiente.

La organización para enfrentar las amenazas en este ámbito ha permitido la reconstitución de ciertas referencias compartidas entre los distintos pueblos que componen un valle o una comarca, o como quiera llamársele al nuevo principio de “organización espacial” de la referencia rural. Allí está apareciendo algo que es más que un “sector” de la economía y que se aproxima a la forma de “mundos históricos, culturales y agroecológicos”, es decir, a una suerte de “territorios vividos”.

En esos nuevos fenómenos identitarios y organizacionales, la ruralidad no se constituye desde fuera, como fue el caso de los movimientos campesinos de los años sesenta, sino desde dentro, desde las nuevas redes endógenas de movilización y de revalorización de las identidades históricas y de los problemas actuales asociados a los territorios de los distintos mundos rurales.

Hay allí una nueva perspectiva ruralista que nos parece particularmente interesante, pues reconstituye lo disperso y ofrece a las comunidades o a los pueblos un horizonte de acción amplificado con el cual enfrentar la potencia de las fuerzas de los mercados globales y los riesgos ambientales asociados a su expansión.

Este movimiento es aún incipiente, pero puede aportar un modo de pensar la nueva ruralidad que otorgue todo su peso a las percepciones, necesidades y aspiraciones de los propios actores rurales. Si esa modalidad movilizadora y reflexivamente ruralista se amplía desde la resistencia al ataque contra los riesgos ambientales, y además se desarrolla como capacidad de deliberación respecto a futuros posibles, creemos que se abrirá la puerta de una dinámica intersubjetiva vital para la construcción de un sentido de futuro para las ruralidades.

En ello puede percibirse la posibilidad de una recreación de las identidades, si no campesinas y tal vez ni siquiera excluyentemente rurales, sí de valles y de zonas rur-urbanas. Tal vez eso permita que vuelva a existir una ruralidad como objeto de intervención y

desarrollo, y, acaso por primera vez, una red de sujetos y actores rurales erigidos en ciudadanos de su ruralidad, deliberativos y con capacidad de decisión respecto a los equilibrios y direcciones básicas de su desarrollo.

Una corriente de ciudadanía rural

Con todo lo importante que puedan ser el automatismo del mercado y las políticas públicas, no es en ellos donde el mundo rural se juega, hoy y mañana, la sustentabilidad de su medio de vida y el sentido de su modo de existencia. Éstos dependen también de una activación de la propia ruralidad, hoy dispersa por la historia y no sólo por la geografía. El futuro rural como modo y medio de vida dependerá en buena medida de la capacidad y voluntad de los sujetos y actores rurales para reflexionar su historia en marcha y organizar formas de conducirla. A esto podemos llamarle diálogos deliberativos, un lugar donde la nueva ruralidad no sea algo simplemente observado, otra vez, desde afuera, sino que construido desde dentro.

Lo que sea la ruralidad en los próximos cincuenta años dependerá en gran parte de lo que los sujetos

rurales puedan decir en esta segunda vuelta del cambio. A partir de una deliberación propia sobre sí mismos podrán encontrar esa identidad que les permitirá dialogar, sin renuncias, con los otros actores de la sociedad chilena.

Para decirlo en breve, la crisis de vértigo histórico, que ha dejado entre paréntesis identidades históricas como la del campesino y no ha dado lugar a formas nuevas de identificación, podrá resolverse si en las décadas que vienen los ciudadanos rurales articulan –desde los futuros probables por ellos deliberados– nuevos proyectos de refundación de la ruralidad. Se trata de trabajar colectivamente en una imagen de sí mismos que se haga cargo de lo que hay desde siempre –un paisaje, unas comunidades o pueblos, unos valles, una naturaleza–, de lo que se aprendió en la primera modernización –la pequeña agricultura, un mundo rural pluriclasista, un trabajo agrícola autogestionario y familiar– y de lo que ha traído la segunda ola modernizadora –la lógica empresarial y competitiva, la nueva pobreza rural del temporero, los múltiples signos de aproximación y relación rural-urbano–. Esto es, ni más ni menos, una corriente de ciudadanía rural que integre los muchos pasados y los muchos presentes en un proyecto sostenible de futuro.

TALLER

Construyendo el primer Informe
de Desarrollo Humano sobre
el mundo rural chileno



Participantes en el taller

Julio Berdegué (Rimisp)
Manuel Canales (Universidad de Chile)
Ana María Correa (Indap)
Maximiliano Cox (Tiempo 2000)
María Elena Cruz (Odepa)
Martine Dirven (Cepal)
John Durston (Consultor)
Pablo Filippi (Indap)
Daniel Flores (Universidad de Chile)
Rolf Foerster (Universidad de Chile)
Pedro Güell (PNUD)
María Cristina Hernández (Consultora)
Manuel Miranda (Expo Rural)
Juan Carlos Munizaga (Nous Comunicaciones)
José Nagel (Cendec)
Oscar Osorio (Subsecretaría de Agricultura)
Edelmira Pérez (Universidad Javeriana de Colombia)
Alexander Schejtman (Rimisp)
Sonia Zapata (Universidad Arturo Prat)

Pedro Güell: Este taller forma parte del proceso participativo mediante el cual solemos construir los informes chilenos de desarrollo humano. A nombre del PNUD, quiero darles las gracias por su interés en debatir con nosotros.

Los seminarios y talleres que hemos hecho en los últimos meses, en conjunto con la Subsecretaría de Agricultura, Indap, Odepa y la Universidad de Chile, nos demuestran que estamos construyendo algo que era demandado y largamente esperado.

Éste es un taller que tiene dos objetivos. El primero es tratar de delimitar, a partir de los consensos, los disensos, la experiencia y los datos que tenemos, cuáles son las preguntas específicas que un informe como este debe hacerse hoy sobre lo rural, si lo que queremos con él es dar cuenta de las transformaciones, del estado actual y de los desafíos futuros de ese mundo. Un informe de desarrollo humano –y ésta es nuestra experiencia– no cumple su función, que es la de provocar un debate, si no somos capaces de plantearnos la pregunta adecuada.

Un informe de desarrollo humano no es –o al menos no lo es en primer lugar– un reporte académico: es, sobre todo, un provocador de conversaciones. Su norte fundamental, más allá del aporte de diagnósticos fundados en investigación científica de primera calidad, es su capacidad de generar el tipo justo de preguntas que provoquen el debate pendiente y de hacerlo en un lenguaje tal que promueva esas conversaciones. Por lo mismo, nuestra primera tarea es comenzar a delimitar cuáles son las preguntas claves.

El segundo objetivo de este taller es más técnico. Para responder las preguntas del informe, debemos formularnos estas interrogantes: ¿qué es y dónde está lo rural?, ¿a dónde y con qué métodos habría que mirar, a qué sujetos, a qué procesos y a qué territorios? Los invito, pues, a discutir también las dimensiones operacionales del concepto de ruralidad.

Maximiliano Cox y Julio Berdegué nos ayudarán a iniciar los dos bloques de este taller, con provocaciones muy cortas que contienen su opinión respecto de estos dos temas: cuáles son las preguntas relevantes hoy sobre lo rural y cuál es el concepto de ruralidad más adecuado para responderla.

PRIMER BLOQUE

Maximiliano Cox: Para mí, las preguntas principales son cómo evitar que la globalización traiga una reducción de la ruralidad y cómo utilizar la globalización para fortalecer al sector rural. No es fácil, pero creo que por ahí podemos entrar al tema.

En el caso de Chile, el sector rural está más o menos defendido frente a la globalización. Incluso los sectores de la pequeña agricultura han podido, en alguna medida, aprovechar ciertos espacios.

Por una parte, debido a sus condiciones naturales, sus nichos ecológicos y su capital humano, Chile puede ser, en términos alimentarios, la tienda boutique del mundo. Esto ha hecho que nos hayamos transformado en los principales exportadores del Cono Sur de productos alimenticios de alta demanda. Hay una capacidad del sector rural chileno que permite enfrentar la competencia. Sin embargo, los sectores más abandonados, más desprotegidos, son efectivamente la pequeña agricultura y, en especial, los pueblos originarios.

Por otra parte, es importante considerar las grandes externalidades positivas que tiene el desarrollo rural. El poblamiento más equitativo del territorio reduce problemas de congestión, de contaminación e incluso, diría yo, de criminalidad. Habría que ver la manera de fomentar una ruralización mayor de la que existe hoy día, un mayor encadenamiento de lo agrícola hacia los otros sectores, disminuyendo la dicotomía de lo urbano-rural y acercándose cada vez más en la rela-

ción rur-urbano, para así maximizar esas externalidades positivas.

Otro aspecto importante es no mirar en forma ingenua las relaciones en el sector rural, pues muchas veces son conflictivas. Hay que ver cómo reducir los conflictos que se podrían generar en una acción de desarrollo rural que involucre a grandes y pequeños productores agrícolas y no agrícolas, todos habitando un mismo territorio.

También plantearía la necesidad de determinar claramente el rol de los diversos actores que influyen en el mundo rural: el Estado central, el sector público y el canal local. Existe una tendencia a la ingenuidad en la descentralización y en la transferencia directa de poder a los sectores rurales. Hay ciertas cosas que hay que recentralizar y otras que habría que descentralizar.

Finalmente, creo que es necesario tener en cuenta la importancia del marco macroeconómico, en especial la política cambiaria y la política arancelaria. En el caso de Chile, precisamente, estamos viendo los efectos de la no política cambiaria.

Debate

Participante femenina: Lo primero que me provoca decir sobre este trabajo es que hace tiempo que no se hace investigación agraria en Chile. Este informe puede ser pionero en retomar esta área. Voy a partir por el aspecto metodológico y después me iré más al fondo: ¿quiénes viven en el sector rural?, ¿qué es el sector rural?, ¿cómo vamos a definir el sector rural? Creo que son preguntas muy básicas.

En el sector rural viven hoy los campesinos y algunos asalariados, pero no viven los patrones. Y muchas personas que trabajan en actividades relacionadas con la agricultura tampoco viven en el campo.

¿Cómo se puede funcionar entonces a nivel meto-

dológico? Si ésta es una comuna rural (dibuja un círculo en la pizarra) entonces casi toda ella caería en lo rural. Pero hay también un entorno indefinido, que es rural-urbano. Pensemos en Lolol, por ejemplo. Hay un primer entorno alrededor de Lolol y hay otro entorno con una ciudad que se llama Santa Cruz. Entonces, ¿qué pasa con la gente de Lolol? La gente de Lolol en una parte vive en lo rural, tiene un pueblito que tiene una parte rural, tiene un entorno que es relativamente rural y tiene una ciudad definida por las actividades rurales, que está cerca, pero también tiene otras ciudades próximas, que son San Fernando y Rancagua.

¿Qué de esto es rural? Nosotros hicimos con Alejandro Schejtman un estudio en el cual tomamos todas las comunas de la costa de la Sexta Región y dijimos: “Santa Cruz es el centro de eso”. Luego fuimos viendo cómo en educación, por ejemplo, los jóvenes parten aquí, después van a un liceo acá, después se trasladan allá y los que quieren emigrar van acá. En ese mismo trabajo tomamos un conjunto de ciudades, que las llamamos intermedias, de Arica a Punta Arenas. ¿De qué viven esas ciudades?, ¿qué servicios básicos importantes tienen? Las ciudades intermedias en Chile son en buena parte agrarias: están fuertemente vinculadas a lo rural y abastecen de servicios al sector rural. Entonces ahí hay una gran pregunta. Una alternativa sería considerar un sector rural ampliado. Es decir, inventar un concepto para ello y describir sus características.

Otro aspecto importante es que los servicios, al llegar a lo rural, están afincando a la gente en el campo. Volviendo al ejemplo, Santa Cruz y Lolol están separadas por una cuesta de tierra bastante mala. Cuando pavimentaron la cuesta, la gente, en vez de irse de Lolol, se quedó a vivir allí y viaja todos los días a trabajar. Se ha montado un servicio de colectivos, que llevan y traen a la gente; eso ha afincado a la gente en esta comuna rural. Por esto considero que otra pregunta sería: ¿qué servicios tienden a afincar a la gente?

Por último, la gran pregunta, tanto en lo urbano como en lo rural, es cómo y hasta qué punto los

cambios que ha tenido la gente le ha implicado a ésta mayor o menor bienestar. Pero hay que definir qué es para nosotros bienestar. Por ejemplo, yo llego a una casa campesina de piso de tierra, pero, sin embargo, es una casa que tiene mucho más espacio que las casas de la ciudad; las distancias son grandes, pero cuentan con teléfono celular. Entonces, ¿qué es bienestar para el sector rural? Ésa es una definición que hay que hacer. ¿Tiene la gente qué comer?, ¿tiene buenos servicios?, ¿se ha subido o no se ha subido al carro de la modernidad?, ¿y en qué ámbito se ha subido, si es que lo ha hecho? El bienestar debe ser descrito con un criterio rural, no urbano.

Finalmente, quiero agregar que, dentro del mundo rural, específicamente en lo agrícola, hay que poner cuidado en los aspectos relacionados con la repercusión de las obligaciones que nos van a imponer los acuerdos comerciales; por ejemplo, las buenas prácticas agrícolas, laborales y ambientales.

Participante masculino: Adhiero fuertemente a lo dicho sobre la necesidad de delimitar bien y desde el inicio la definición de lo rural. Creo sinceramente que, si nos acercamos a una definición que repita la definición oficial actual, el estudio va a estar mirando una realidad que ya no tiene nada que ver con la realidad rural. Entonces el estudio debería tener una definición operacional: ¿cómo vamos a entender lo rural y para qué?

Hay que considerar, primero, la dimensión espacial, pero también la dimensión económica, porque cuando hablamos de lo rural seguimos hablando de lo agropecuario, sabiendo que en el mejor de los casos hoy en día es el 50% del ingreso, o probablemente menos.

Entonces, la definición operacional de lo rural debe tener una dimensión espacial, pero además una dimensión de economía rural ampliada, tanto la vinculada a lo agropecuario como la que no tiene nada que ver con lo agropecuario. Eso me parece clave para saber si el estudio va a reflejar algo que tenga sentido hoy para Chile o si va a recoger una discusión que no

producirá muchos frutos.

En este sentido, ya hay un punto de partida básico, que es el último trabajo del Banco Mundial, que aplica la definición de la OCDE, que es una buena definición. Nosotros ahora podemos discutir muchas cosas de esa definición, pero ya está operacionalizada. Lo bueno de esta definición es que nos permite dialogar con muchos otros países, pues es ampliamente aplicada. Otro aspecto interesante en nuestro caso es que, si definimos lo rural exactamente igual a como se define en Estados Unidos, en Francia, en Holanda o en Inglaterra, Chile pasa a tener un 43% de ruralidad.

Otro punto que quiero exponer es que el tema del desarrollo rural lo seguimos pensando como un tema de política pública, en circunstancias que es fundamentalmente, hoy día, un tema del sector privado. El sector rural en Chile se privatizó hace rato. La política agrícola y la política rural, en el Chile de hoy, pesan muy poco en las decisiones reales de la gente. Por ejemplo, la decisión de Agro-Súper de instalarse con 500 millones de dólares en la Tercera Región. No hay otra decisión más importante que le haya pasado al sector rural de la Tercera Región en los últimos veinte años.

Participante masculino: Hace un rato quedó un signo de interrogación cuando se habló de la subjetividad. Al respecto, yo creo que ahí las preguntas básicas son: quiénes son los sujetos, quiénes son los que soñarán y crearán la sociedad rural chilena de la próxima década, y cómo participan en ese sueño colectivo. Si estamos hablando de desarrollo humano, ésta debiera ser la pregunta central. No estamos solamente hablando de desarrollo productivo, sino también de protagonismo, de sentirse partícipe en la creación de la sociedad en que se va a vivir. Esto ha sido parte central de los Informes de Desarrollo Humano. Incluso lo material, la relación con actores del sector privado, también pasa por esta subjetividad de la sociedad civil. Por eso creo que hay que partir de una lectura de los anteriores Informes de Desarrollo Humano en Chile, el de capital social, el de poder, y no comenzar de cero.

Además hay que considerar algunos antecedentes valiosos, tanto en el terreno conceptual como empírico, que han surgido últimamente fuera de Chile. Y en el país hay un libro reciente de Vicente Espinosa e Ignacio Porras sobre la teoría de las redes, que también contiene trabajos sobre clientelismo político y otras formas de participación en redes.

Participante masculino: Yo creo que no hay una única pregunta central, sino que hay tres íntimamente interrelacionadas, y para darles sentido hay que definir un punto desde donde mirarlas y resolverlas. La primera pregunta es cuál es el ámbito de lo rural. Enseguida hay que preguntarse por los agentes, y finalmente hay que interrogarse sobre cuáles son los procesos que está experimentando ese ámbito que hemos definido como rural y cuáles son las tendencias de esos procesos, que obviamente son procesos que involucran a dichos agentes.

Esto hay que mirarlo desde la exclusión-inclusión. Es decir: en este ámbito, y dados estos agentes y este proceso, quiénes y por qué vías son y van a seguir siendo incluidos y quiénes no. Lo más probable es que los excluidos lo sigan siendo y que su situación incluso tienda a deteriorarse, y ahí entonces es donde nos encontramos con la política pública.

Participante femenina: Cuando hablamos de transformaciones, hay que preguntarse: ¿en qué ámbitos son claves estas transformaciones? Ahí nos encontramos con temas como el ingreso y las transformaciones en las relaciones sociales, donde hay que incluir otras interrogantes: de qué modo se han transformado las relaciones al interior de las familias, de qué modo la mujer rural ha tenido o no ha tenido ciertos cambios fundamentales, de qué modo los han tenido los grupos etarios.

Otro ámbito importante está en las percepciones y aspiraciones, que son dos elementos claves para poder entender de qué modo las personas están captando su realidad y proyectando su vida. Esta dinámica, en la que se involucran esperanzas y temores, sería inte-

resante estudiarla al interior de los distintos grupos rurales.

Participante femenina: Una cosa fundamental que hay que definir bien es cuál es el objeto del estudio. Yo pienso que se tiene que empezar a construir desde la definición oficial censal, que es la que tenemos hoy en día. Creo que el trabajo hecho por el Banco Mundial es muy valioso, pero los municipios en América Latina son muy grandes, y cuando se mira a nivel municipal se pierde mucha información. En los datos censales, por el contrario, tenemos la ventaja de encontrar información a nivel submunicipal.

También estoy de acuerdo con que el sector privado influye en las posibilidades de desarrollo de la población rural, pero hay que reconocer que el gobierno ha hecho muchas inversiones en caminos, en telecomunicaciones, en agua potable, en electricidad, en servicios básicos, etcétera. Entonces hay que ver en qué medida estos avances han cambiado la vida la gente y cuáles son sus esperanzas de futuro. Y consideraría en esto no solamente a la gente que vive en las áreas rurales, sino también a sus familiares que se fueron a otras zonas que ya no son rurales.

Participante femenina: Es importante considerar la suerte de invasión de lo urbano hacia lo rural. Esto no ocurre solamente en los sectores aledaños a Santiago, sino además en torno a todas las ciudades más o menos importantes y a la costa; por lo tanto, estos sectores también se podrían fortalecer.

Participante femenina: Hay que reconocer que el sector privado es el que pone todas las condiciones, no cabe duda. Eso no se puede manejar a nivel de gobierno, porque son los empresarios quienes lo manejan. Pero lo que sí es importante es cómo se hacen ahora las políticas públicas y si son las mismas que hacíamos antes. Creo que son completamente distintas. Hoy las políticas públicas son un acuerdo público-privado, y en todos los rubros hay una comisión público-privada que opera y define. Aunque el Estado no ponga un peso, está haciendo política pública, porque cuando los

lecheros se pelearon con las empresas, ¿quién medió? Medió Odepa y planteó: a ver, ¿cuáles son sus demandas? Pero en esa interacción público-privada, que ha sido fundamental, se ve quiénes están presentes en la definición de los acuerdos. Están los jefes de las grandes agroindustrias, pero no la parte campesina, la parte asalariada. Éste es un aspecto muy importante: cómo la ciudadanía se relaciona con el Estado, pues eso incide tremendamente en lo social.

Participante masculino: La oportunidad que tenemos hoy, más allá de todos los aspectos metodológicos que se han puesto sobre la mesa, es justamente cómo podemos visualizar una complementariedad entre sector agropecuario y sociedad o entre mercado y subjetividad.

Creo que aparte de los dilemas, las tensiones, los peligros que implica para este exitoso sector agropecuario incorporar estas otras variables, tales como sociedad y subjetividad, hay también una gran oportunidad en la idea de analizar la sociedad rural desde la mirada del desarrollo humano

Participante femenina: También hay que considerar las diferentes realidades de los distintos lugares de Chile. Yo las he visto desde la Primera Región hasta la Duodécima Región, y hay que ver cómo se incorporan estas diferencias. Cuando queremos estudiar el ámbito rural, hay que preguntarse: ¿qué es el ámbito rural?, ¿qué tiene que ver el ámbito rural en la Décima Región, en la Undécima Región, en la Duodécima Región con el ámbito rural en el nivel central? ¿Vamos a incorporar todas esas realidades y todas esas diferentes situaciones de calidad de vida?

Asimismo creo que hay que incorporar el tema de los pueblos originarios. Esa es una realidad muy específica y también tendría que estar.

Participante femenina: Yo me pregunto cómo poder establecer una metodología que nos permita representar todas estas diferentes realidades rurales, porque metodológicamente eso es complicado. Estoy de

acuerdo con relacionar todo esto con el concepto de inclusión y exclusión, ya que a través de las investigaciones que uno hace se va dando cuenta de que en el medio rural los sistemas de exclusión operan bastante fuerte. A pesar de que uno puede pensar que estamos bastante avanzados en muchos aspectos, seguimos encontrando que en los sistemas familiares y sociales que funcionan en el mundo rural hay exclusiones, sobre todo para las mujeres, los jóvenes y los niños.

En cuanto a la educación, pienso que tiene que ser de la misma calidad, pero no pueden ser iguales la que se da en el ámbito rural y la que se da en el ámbito urbano. En estudios de jóvenes y de niños, ellos dan cuenta de que captan esta diferencia, y el hecho de estar en programas que parten del mundo urbano y que se tratan de implementar en el mundo rural les causa problemas y son capaces de percibirlo. Se trata, pues, de una cosa evidente; si no, no la percibirían.

Además, concuerdo con lo importante que es ver las aspiraciones y las expectativas, especialmente en los jóvenes. El joven rural que nosotros conocimos hace 20 ó 30 años no es el de hoy día; éste es un joven que está muy permeado por lo urbano, muy permeado por la televisión, y que tiene una visión de su mundo y una expectativa de su futuro muy distintas a lo que nosotros pensamos. Esto también tenemos que tenerlo en cuenta, porque además nos crea un problema intergeneracional. Tenemos un grupo que sigue pensando en un mundo rural antiguo y un grupo de jóvenes que va emergiendo y piensa en un mundo absolutamente diferente.

Participante masculino: Este estudio debe ser muy práctico, y esto tiene que ver básicamente con las políticas públicas. Yo veo el estudio como un insumo de alta utilidad para hacer política pública práctica, y por eso considero fundamental lo que se ha dicho aquí sobre conocer la importancia de las transformaciones, porque es evidente que sí ha habido transformaciones, llámense globalización o nueva economía. En ese sentido, es interesante ver cómo esas transformaciones han generado tensiones en la sociedad rural y una

dinámica de inclusión-exclusión, y cómo en definitiva las políticas públicas deshacen estos nudos y otorgan su apoyo en el proceso de inclusión del sector.

Pedro Güell: Hasta ahora hemos centrado la conversación en la definición de lo rural como objeto, en las fuerzas que lo estructuran y en las tensiones que esas fuerzas albergan. Ese “objeto” tiene además su propia existencia en la representación de los actores; es decir, lo rural existe también en los imaginarios de los actores del mundo rural y en los actores urbanos. Las representaciones de lo rural van cambiando y esto es un problema a la hora de querer definir qué es lo rural, pues alude también a un cambio en las representaciones. Dejemos paso ahora a una discusión sobre los aspectos metodológicos involucrados en la definición de lo rural.

SEGUNDO BLOQUE

Julio Berdegué: Hay algunos consensos: todos estamos de acuerdo en que en el tema hay matices, vemos que lo rural ha cambiado y está cambiando a una velocidad increíble. Pero si nos preguntan qué es lo que se formó o se está formando, no tenemos mucha idea. Tenemos intuiciones y tenemos piezas del rompecabezas, tenemos claro lo que está dejando de ser, qué dinámicas vienen, pero no tenemos claridad sobre qué se está formando, en qué consiste.

No podemos entregar una buena respuesta acerca de estas nuevas ruralidades sin dar cuenta de cuáles son los espacios en que ellas se están constituyendo. Tenemos grandes signos de interrogación: ¿ése es el espacio donde verdaderamente se están constituyendo estas nuevas sociedades rurales?, ¿es ahí, en el espacio comunal, donde realmente se están jugando las decisiones importantes?, ¿es en esa escala donde los actores toman decisiones? Entonces creo que hay que preguntarse: ¿cuáles son verdaderamente los espacios? Hace cuarenta años se llamaban latifundios, era clarísimo, pero ahora quién sabe cuáles son. Además,

¿cuáles son los agentes de debate?, ¿son públicos o privados? Este estudio no es para decir que la vieja ruralidad no existe y que está cambiando. Eso lo sabemos. Lo que nos debe decir es en qué consiste la nueva ruralidad.

Respecto de la metodología, yo creo que en primer lugar debe tener un sustento internacional sólido. A nivel mundial hay muchos estudios nuevos en materia de ruralidad, de enfoques, de métodos y de conceptos. Éste tiene que ser un estudio que pueda dialogar muy bien con estas nuevas ideas internacionales. En segundo lugar, creo que éste es un estudio que requiere de un fuerte componente empírico, y me refiero a datos duros, no sólo a los diálogos, la información cualitativa, las opiniones, lo cual también es muy importante. Además necesitamos diagnósticos “oficiales”, porque los que hay están muy añejos, aunque no hay que entender por “oficiales” aquellos que provengan del sector público.

Otro punto: el tema de la visión expandida de lo rural, tanto en el sentido espacial como económico, parece clave y guarda relación con poder dialogar con los estudios internacionales. Yo creo que aquí hay por lo menos cuatro niveles de tipos espaciales por donde habría que abordar el estudio. Primero, un espacio que incluye territorios construidos, territorios naturales, zonas sobre las que todo el mundo dice “eso comienza aquí y termina allá” y cualquier persona entiende que existen, como, por ejemplo, Puerto Saavedra, la costa de Osorno, Quillota, etcétera. En estos espacios hay economía diversa porque hay agricultura, hay comercio, hay bancos, hay cabarets, hay cines, hay escuelas de distintos tipos. Esta clase de territorio me parece que es muy importante para la siguiente pregunta: ¿cuál es la ciudad rural que está tomando forma?

Un segundo espacio que hay que mirar es la comuna, porque es la que hace conexión entre lo rural y el sistema de gobierno a través del municipio. Esto habrá que tenerlo en cuenta para hacer preguntas relevantes sobre ese tipo de relaciones.

Un tercer nivel es la comunidad, el villorrio, el pueblito, el caserío, la localidad y el hogar. Ese espacio entre el hogar como un ente individual y el conjunto de hogares. Pero en todo esto lo que creo que hay que mirar es que ahí se están tomando las decisiones sobre estrategias de vida, estrategias que tienen que ver con la gestión de los riesgos, las incertidumbres de la generación del empleo. Hay mucha decisión que se toma ahí, una decisión de si un hijo se va o no se va, si podemos mandar a dos o a uno a estudiar.

Finalmente, está el espacio de las cadenas, que es la manera cómo lo rural se conecta con el mundo. Ahora, si entendemos cadenas en el sentido un poco más estricto del término, la cadena productiva es la que vincula con la agroindustria o con la exportación, pero también están las cadenas que terminan en Lo Valledor, las cadenas que terminan en los supermercados. Hablemos de cadenas en ese sentido amplio, porque ésa es la forma cómo lo rural hoy día se engancha con la economía.

Por último, cuando dicen que hay muy poca investigación, yo diría que seguramente es insuficiente, pero hay bastante. Lo que no hay son espacios de diálogo. Los espacios que hay son de muy poca creatividad, donde existen escasas posibilidades de conectar ideas, personas, trabajos, etcétera. Entonces, desde lo metodológico sería importante poder mantener esta mesa de conversación y generar otros espacios de debate, de diálogo, porque además estoy seguro de que se va a recibir mucha información que está disponible y que esos espacios además van a alimentar el estudio.

Debate

Participante masculino: Independientemente de la enorme diversidad de situaciones y realidades de los habitantes rurales en Chile, éstos tienen algunos elementos centrales en común. Primero, su cercanía en la cadena productiva con los recursos naturales, y aquí yo creo que quien habla de recursos naturales hoy en día

está hablando también de ecosistemas naturales y su conservación o destrucción. Éste es un tema público central, más allá de que sea la preocupación de la sociedad y del gobierno, porque Chile puede ser muy moderno, pero su institucionalidad medioambiental es insuficiente para estar dentro de los estándares de la OCDE.

Segundo, el concepto de exclusión social viene de otras partes, y en el sector rural chileno no existe actualmente exclusión social en el sentido estricto. Sé que esto es provocador. ¿Por qué? Porque ha habido siete u ocho ciclos electorales tras el retorno de la democracia y la mejor definición de clientelismo político es que se trata de una forma asimétrica de inclusión social. Hay muy poco poder de los clientes rurales pobres para negociar su voto, pero hay algo que se debe tener en cuenta: no hay ninguna comunidad rural, por muy apartada que sea, que no haya recibido la oferta de participar en algún programa de desarrollo o de asistencia rural. Entonces hay que mirar eso de otra manera. Ésa es una de las formas en que ha cambiado en las últimas décadas la realidad de la inserción social rural.

Participante femenina: En general el mundo rural no está lo visible que debiera. Por ejemplo, cuando se habla de asentamientos humanos, se suele pensar solamente en los asentamientos urbanos o que la pobreza ya es prácticamente urbana, etcétera. Se organizó recientemente una reunión a nivel latinoamericano sobre el adulto mayor. Estaban todos los gobiernos representados y no hubo ninguna frase o mención sobre el adulto mayor rural. Lo rural está absolutamente invisibilizado y América Latina –y Chile también– anda por el mundo diciendo que somos el continente más urbanizado del mundo.

En términos metodológicos, no estoy ciento por ciento de acuerdo en que este tipo de estudios deban terminar a nivel hogar, pues creo que hay que terminar en la persona. Pienso que es una equivocación pensar que las decisiones se toman a nivel de hogar, porque cada vez más se toman a nivel de personas.

La Cepal está revisando lo que se define como rural a nivel mundial, y se han encontrado estudios bastante relevantes, como el que hizo Naciones Unidas, a través de la Comisión Económica de Europa y de FAO, con el Banco Mundial y con varios otros, que es un documento de punta que tiene varias preguntas al final para, justamente, definir el nicho agrícola y rural. También hay un estudio hecho en Francia que es una categorización de esas cuencas de vida según si están más orientadas a la residencia y a los servicios a los residentes o a distintos tipos de empleo más o menos ligados a lo agrícola y agroalimentario. A lo mejor estos estudios podrían servir como una base para ver este mundo rural expandido del cual estamos hablando.

Participante masculino: Lo que yo quiero agregar es cómo nos aproximamos al tema de las configuraciones territoriales, incorporando las dimensiones pertinentes a la hora de tipologizar. Esto es, cómo se entra al estudio una vez definido el espacio. Acá hay que mirar dos cosas. Primero, ciertos patrones de interacción al interior de los espacios en distintas escalas, que vayan desde la escala macro hasta las escalas más inmediatas donde hay interacciones más frecuentes entre la gente. Segundo, los propios espacios de la gente, sus posibilidades, sus proyecciones. Sabemos que estas subjetividades no son fáciles de abordar. Existe la posibilidad metodológica de aproximarse a esta construcción una vez definidos los espacios, pero supone mucho tiempo, supone mucho trabajo y muchos recursos económicos. A mí no se me ocurre otro mecanismo que una caracterización razonable de un espacio respecto al cual se puedan decir cosas relevantes, porque es representativo de varios otros por sus características y porque, al interior de ese espacio, hay ciertas dinámicas que tienen distintos rangos de interacción.

Participante masculino: Lo conversado me refuerza una de las opciones posibles: trabajar desde la lógica de la comarca. Ahí hay una manera de entender o de pensar la ruralidad. Si se ve la cuestión rural sólo como una construcción demográfica, nos queda el absurdo y la invisibilización. Esta confusión está en la misma

lógica de pensar la ruralidad articulada con lo urbano, lo urbano en lo rural, lo rural en lo urbano. Ciudades como Quillota tienen ese sello rural, pero son también urbanas. Lo mismo pasa incluso en poblados menores, donde hay una estructuración hasta llegar quizá a los rincones de los pueblos. Yo creo que lo anterior tiene carácter de punto de partida, porque se ha ido reafirmando en este diálogo.

Tal vez haya que mirar los antiguos valles transversales de Chile. Por ejemplo, uno de los cortes sigue la línea de las aguas, de las cuencas; entonces volvemos a ciertos acentos relativamente sensatos en la manera de pensar cómo se organiza la ruralidad en su espacio. Pero es también historia, es geografía, es pintura; en fin, es una totalidad histórica y ecocultural.

Si vemos lo rural desde el punto de vista social, se trata de una ruralidad que tenía poco que hablar, y si pudo hablar en los años sesenta es porque había un discurso bastante acoplable, que eran la promoción rural y la reforma agraria. Pero hoy hay que preguntarse: ¿cómo habla la ruralidad?

Por último, quiero volver sobre el tema de la inclusión-exclusión. Yo creo que es un tema central, pero no como se planteaba recién, en términos de que el excluido es alguien que en un sentido básico goza también de algún beneficio social. Hoy día ya no se puede estar excluido en ese sentido. Sin embargo, cómo no pensar la ruralidad en términos de exclusión cuando una de las figuras centrales, el obrero agrícola, por la calidad del empleo estacional, que es una modalidad completamente nueva de inclusión-exclusión, naturalmente no es un excluido en el sentido mencionado, pero es un incluido dentro de los más excluibles. Su situación se caracteriza precisamente por ese paso entre la inclusión y la exclusión.

Entonces lo que se genera ya no son incluidos y excluidos, sino que es una frontera de sujetos sociales que son los más excluibles de los incluidos y los más incluibles de los excluidos. Por ejemplo, la mujer

rural: es incluíble, se incluye en el trabajo temporal, pero también es fácilmente excluible, y si la mujer rural deja de estar disponible para ese trabajo, porque ha mejorado su calidad de vida, porque ha logrado completar el colegio, porque no hay embarazo adolescente, etcétera, ¿quién va a hacer ese trabajo? Va a haber emigración, porque el mercado de los incluidos genera esa situación, y van a ser otros los incluidos excluibles.

Cerrando la idea, dos cosas. Primero, hay que hacer converger las capacidades reflexivas de esa ciudadanía rural que no ha aparecido pero que podría aparecer. Segundo, hay que recuperar aquello de la inclusión-exclusión como tensión, no como dos cuadros totalmente distintos.

Participante masculino: Yo me acuerdo de un libro que se publicó a mediados de los años sesenta, donde había una página que decía “yo soy un niño del campo, yo soy un niño de la ciudad”, y en un cuaderno se invitaba a cada uno a identificarse. En esos años, el niño del campo y el niño de la ciudad no compartían el mismo espacio subjetivo y cada uno se identificaba territorialmente. Yo no sé si ahora a un niño contemporáneo le queda tan claro que hay un niño del campo y un niño de la ciudad, no sé si verá esta diferencia, esta separación, que puede ser espacial, pero también temporal. Entonces, ¿de qué manera el mundo contemporáneo, la globalización, las comunicaciones, el mercado, diluyen estas fronteras y las integran en un macrocampo de sentido?

El tema de la identidad lo entiendo también en otro espacio. Creo que no son solamente el hogar y la persona los objetos finales de la investigación, sino el tema de cómo se vinculan, quiénes están articulados y cómo están vinculados, y aquí quisiera retomar el famoso concepto de Marcel Mauss, “el hecho social total”. Debemos ver si hay un “hecho social total rural” que se exprese en un tipo de vínculo que acote y defina un sentido de lo rural donde se integren el agri-

cultor, el pescador, el artesano. ¿Hay una convivencia de esa naturaleza, o son reconstrucciones que hacemos desde afuera, o están cruzadas por esta especie de contemporaneidad?

Lo otro que hay que considerar es la escucha de las hablas que nos llevan a la representación, a los modos y a las visiones. En este “hecho social total” nos queda la expresión, no la representación, no la visión que yo desplazo en el acto reflexivo de mirarme, sino desde dónde me expreso. Creo que en términos metodológicos es necesario abordar el tema de la expresión del mundo local, de la fiesta, del lugar del barrio.

Participante femenina: Yo voy a insistir con el tema de las políticas públicas, porque las políticas públicas que tienen que ver con los sectores rurales son mucho más amplias que las políticas agrarias. Las interacciones entre las políticas y la realidad apuntan a ciertas cosas que generan procesos sociales que hay que observar.

Un segundo tema es el de las organizaciones sociales. En este minuto, encontrar un sindicato en el campo es como encontrar una aguja en un pajar.

Sobre el tema de las localidades, considero que es importante analizar los conflictos que se generan en el interior de ellas. Esos conflictos son producto de que estas localidades se conformaron a partir de dos grupos sociales completamente diferentes: los que eran del campo siempre y los que empezaron a llegar cuando las haciendas los echaron para afuera. Si ustedes ven a los jóvenes de las poblaciones marginales del campo, son completamente modernos, van a los colegios de la ciudad, usan zapatillas, etcétera. Hace unos años la gente del campo andaba con ojotas y llena de parches; hoy día no hay ojotas y no se anda lleno de parches en el campo. Entonces yo vería también ese tema de los conflictos que hay en el interior de las localidades entre los distintos grupos que allí cohabitan.

Con respecto al tema de los temporeros, no estoy de acuerdo con que sean parte de los excluidos; son parte fundamental de nuestro proceso exportador, son parte de la modernidad. En el tema de los temporeros no hay nada de exclusión. Las temporeras se organizan de octubre a abril y así tienen todo su año estructurado. Saben que entre esos meses se trabaja y que en invierno van a estar sin hacer nada más que las labores de la casa. Y económicamente también se organizan bien. Otra parte en donde vi la inclusión es, por ejemplo, cuando hice trabajo de terreno con temporeras y les preguntaba cómo eligen el lugar para trabajar. ¿Saben cuál es una de las consideraciones fundamentales? La fiesta que hacen a fin de año, o sea, si hay orquesta o no hay orquesta.

Participante masculino: La distinción entre incluidos económicos y excluidos sociales es compleja, porque se puede estar incluido en la economía y estar excluido en la sociedad, y ciertamente no es lo mismo la inclusión económica que la social. Efectivamente, los temporeros son incluidos económicos, participan de la zona más moderna de la economía, pero son excluidos sociales, aunque esta exclusión social tampoco es plena.

Nosotros hemos estudiado a los temporeros en la Sexta Región. ¿Por qué son más las mujeres que los hombres temporeros? Esto se da naturalmente porque las mujeres son más diestras con las manos, y luego porque, al ser madres y muchas veces jefas de hogar solas, les viene bien este tipo de empleo, que es sólo por temporadas. Si miramos, por ejemplo, el promedio de edad al primer nacimiento en las mujeres temporeras en la Sexta Región, es absolutamente distinto al de todas las otras mujeres integradas al mundo laboral. Esto tiene que ver con las condiciones de exclusión social en que ellas viven.

Lo anterior hay que verlo desde sus consecuencias, tanto positivas y negativas, en cuanto a la dinámica de inclusión-exclusión. Hace algún tiempo surgió la demanda de atrasar el inicio del año escolar, lo que era bastante razonable en un sentido estrictamente

económico y social, porque alargaba la etapa de inclusión social junto con la económica, pero a la vez eso generaba deserción escolar o tasas de embarazo adolescente. Pero, por otro lado, antes del aumento explosivo del mercado de la fruta, las mujeres de las que estamos hablando no tenían empleo. Efectivamente, más del 60% de las mujeres trabajadoras de la Sexta Región son temporeras. Es decir, el trabajo de temporada ha permitido el ingreso de la mujer rural al empleo. El empleo agroindustrial no es sólo de mujeres. En los cargos de dirección en los packings no hay mujeres, y no porque los hombres tengan mayor habilidad en los cargos directivos, sino estrictamente porque hay una estructura en que las mujeres son más excluidas, tienen menos poder, y por eso tanto la deserción escolar como el embarazo adolescente son orgánicos. Entonces, la satisfacción que encuentra la mujer por liberarse de su exclusión y de su reclusión constituye un gran cambio en sus vidas, y no hay que perder eso de vista, pero de fondo se encuentra la debilidad con que ellas pueden integrarse.

Participante masculino: Sobre el objetivo del estudio, me parece importante lograr una definición de ruralidad que sea pertinente a la situación actual del país, ya que las características del Chile de hoy son distintas a las de los años sesenta y ochenta. Existe una definición concreta de ruralidad que podemos encontrar en las estadísticas, pero en el inconsciente colectivo hay una definición de ruralidad asociada a la carencia de lo urbano. Asombra, por ejemplo, que cuando en las parcelas se pone electricidad, alcantarillado, cuando se pavimenta, se dice entonces que han sido urbanizadas.

En cuanto a la inclusión, no creo que los temporeros estén incluidos en el proceso de exportación, ni económicamente ni socialmente, por el solo hecho de que sean parte de los costos de la exportación. Con sus condiciones de trabajo, no se puede decir que participan. En los beneficios no están todos incluidos. En lo único que se incluye al sector rural es en los costos: costos sociales, costos medioambientales.

Se puede decir que el sector rural está incluido en la parte social, pero veamos cuánto de asistencialismo existe hacia el sector. ¿Qué pasa si hoy día –en un caso hipotético– desaparecen todas las políticas asistenciales del sector agropecuario? No se puede decir que están incluidos si esa inclusión es porque los toman y los traen hacia el Estado, pues ellos por sus propios medios no se pueden incluir. Es como decir que el inquilino está incluido en la hacienda.

El caso de los pueblos originarios tenemos que abordarlo desde otra visión, que no es la visión de la ruralidad occidental, que se plantea desde lo urbano; aquí hay que intentar ver la ruralidad desde la óptica de los pueblos originarios.

Participante femenina: También creo que hay que partir por la definición de ruralidad. Sin embargo el estudio va mucho más allá de un intento por innovar y presentar las propias realidades; parece que además busca ver las transformaciones y dar una proyección de hacia dónde apunta. Hay que tener como referente la comprensión de la realidad que se está dando en otras partes. Sorprende mucho que los países europeos sigan siendo rurales en más del 50%, y la ruralidad ahí está referida a un concepto de calidad de vida, a un concepto completamente distinto. No es que algo haya dejado de ser rural porque se le pavimentó la calle, sino todo lo contrario: es una ruralidad, con la totalidad de los servicios de salud, de los servicios educativos.

En el mundo moderno nadie está totalmente excluido, pero sí hay un factor de exclusión significativo en muchos otros aspectos de la vida. Los mayores de 65 años rurales aún están excluidos de las pensiones; una gran parte de la población está excluida de la educación secundaria y superior y de servicios de salud óptimos; está excluida de la conectividad; no tiene accesos, está aislada, abandonada por las comunicaciones.

Participante femenina: A mí no me termina de asombrar, de maravillarse todo lo que nosotros hemos hablado

aquí, cómo todo se va engranando e interrelacionando. Es decir, todo esto de las políticas públicas, de las organizaciones sociales, de lo que la gente piensa, cómo se siente y cómo lo vive. Todo está de tal manera conectado, que si nosotros pudiésemos medir cómo son estas interrelaciones tendríamos un gran paso dado.

Ahora, no debíamos tener problemas al respecto, porque con las metodologías de investigación modernas podemos hacer una amplia gama y una amplia fusión de métodos cuantitativos y cualitativos que nos pueden dar una visión bastante cercana de lo que sucede en la realidad.

Participante masculino: Estoy de acuerdo en que un trabajo como éste tiene que basarse mucho en estudios de casos, ojalá sobre la base de una tipología, pero hay que insistir sobre la necesidad de poner como base datos cuantitativos importantes a través de una encuesta rigurosa.

Un estudio como éste no se va a repetir en mucho tiempo, ésta es una gran oportunidad. Y hay que darle otra mirada a lo rural, a la pequeña agricultura, que es vista por lo general en los debates junto a los impedidos, los ancianos, los muertos de hambre; es decir, los campesinos están dentro de los sectores más vulnerables. Esto tiene mucho que ver con una imagen construida, que se reproduce en los instrumentos de políticas públicas, donde lo rural son solamente los pequeños caseríos aislados.

Entonces, creo que hay que establecer una imagen positiva, donde lo rural no es un fardo que el país está condenado a cargar, sino una fuente de potencialidades, de activos, etcétera.

Participante masculino: Efectivamente hay que hacer todo lo necesario para cumplir con los estándares de calidad de los informes que hace el PNUD con los ministerios. Yo creo que hay que incorporar todos los matices; además tenemos que hacernos cargo de todos los quiebres, de todas las fracturas que han

ocurrido producto de estas transformaciones, pero que también significan oportunidades. Hay que ver la dimensión política, la dimensión social, la dimensión económica, lo económico productivo. La transición es un continuo entre apostar por la competitividad versus la protección. Es cierto que ello genera amenazas, miedos, ambigüedades, confusión, etcétera, y de eso también tenemos que hacernos cargo en este informe, como también, por supuesto, de la oportunidad que generan los negocios.

Hay que hacerse cargo de estas tensiones, de estas lógicas diversas que aparecen, y en definitiva hay que dar cuenta de que el escenario no es el mismo, que han cambiado las reglas del juego y que los actores son otros. El tema de las organizaciones también es un tema relevante, porque ahí estamos en presencia de jugadores que jugaron un juego, pero ya se han modificado las reglas. Tenemos que consignar esos procesos con el fin de que quede muy claro que estamos hablando quizá de distintas ruralidades, de una sociedad rural donde la categoría unitaria “campesino” prácticamente no genera sentido, porque es fragmento de algo que fue, que sólo hacía sentido en los sesenta. Pero hoy día hay muchos elementos que hacen grandes diferencias. Por ejemplo, el rubro de explotación o la ubicación espacial. Es absolutamente distinto si se tiene riego o si no se tiene, si se es de secano o de

valle, si se está ubicado en un sector donde se tienen tres hectáreas de palta y se está más o menos incluido o si se tienen dos hectáreas de secano en Malleco. También la edad, el género, el nivel educacional son temas relevantes que hoy día van generando discursos, miradas y percepciones de futuro totalmente distintas, dependiendo de dónde se está ubicado.

Pedro Güell: Creo que sería impropio e improductivo presentar síntesis de ningún tipo, salvo afirmar, y supongo que es la impresión común, que hemos tenido una conversación de mucha calidad. Para quienes vamos a tener la responsabilidad de conducir la ejecución directa del informe, esta conversación ha sido muy iluminadora. A ratos quizá ha sido agobiante, porque sentimos que lo que es posible y que hace sentido incorporar en un informe de este tipo obviamente sobrepasa no sólo los presupuestos, sino también las capacidades y especialidades personales y de los equipos.

Quisiera generar algunos compromisos con ustedes: cuando tengamos algo que decir, cuando tengamos dudas para las que no encontremos soluciones, los vamos a volver a convocar. Y si se da la oportunidad de organizar debates como éste con actores a nivel regional –que es algo que nos han pedido–, probablemente a algunos de ustedes les vamos a pedir que nos acompañen. Hasta la próxima, gracias.

